

LA JUVENTUD SALVADOREÑA

REVISTA MENSUAL

—DE LA—

SOCIEDAD CIENTIFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

EDITOR RESPONSABLE Y ADMINISTRADOR,

JOSÉ MARÍA GOMAR.

TOMO V.—NUMERO 9.

SUMARIO:

I. Correspondencia.—II. Estudio de las doctrinas criminalistas de Mr. G. Tarde, por Victor Jerez.—III. A la Mujer [poesía], por Narciso Díaz de Escobar.—IV. Víctimas inocentes, por Vicenta Laparra de la Cerda.—V. Mármol [poesía], por Isaías Gamboa.—VI. Por la Mujer [poesía], por José María Gomar.—VII. El Culto á la Idea, por Alonso Reyes G.—VIII. ¡Madre! [poesía], por Sara María G. S. de Arias.—IX. A Hortensia [poesía], por I. G. F.—X. La Nube Negra, por Juan Antonio Solórzano.—XI. Epígrafe para un libro condenado [poesía], por Domingo Martínez Luján.—XII. A la Envidia [poesía], por Federico Escobar.—XIII. El Vestido blanco, por Manuel Gutiérrez Nájera.—XIV. Notas.—XV. Miscelánea.

ADMINISTRACION: CALLE DE LA INDEPENDENCIA, NUM. 61.

SAN SALVADOR, IMP. NAC. 10ª AVENIDA SUR.

Septiembre de 1894.

PERSONAL DE LA SOCIEDAD.

JUNTA DIRECTIVA:

Presidente	D. Eusebio Bracamonte.
1 ^{er} . Vocal	„ Víctor Jerez.
2 ^o „	„ Doroteo Fonseca.
Fiscal	„ Juan Gomar.
Tesorero	„ Adrián García.
1 ^{er} . Secretario	„ Alonso Reyes G.
2 ^o „	„ Isafas Gamboa

SOCIO HONORARIO:

Dr. D. Esteban Castro.

SOCIOS ACTIVOS:

Dr. D. Nazario Salaverría.	Br. D. Leopoldo A. Rodríguez.
„ „ Francisco Espinal.	„ José María Gomar.
„ „ Alberto Masferrer.	„ J. Antonio Solórzano.
Br. „ Fermín Bayona.	„ Jeremías Martínez.
„ „ Indalecio Zelaya.	

SOCIOS CORRESPONSALES:

Doña	Vicenta Laparra de la Cerda.	Doña	Amalia Puga de Losada.
„	Clorinda Matto de Turner.	„	Luz Arrué de Miranda.
„	Mercedes Cabello de Carbonera.	Srita.	Lucila Gamero de Moncada.
Srita.	Josefa Carrasco.	„	María Guadalupe Reyes.
„	María Springer.	„	Rafaela Turcios C.
Lic. D.	J. Fermín Aycinena.	Dr. D.	Bubén Rivera.
„	Manuel Diéguez.	„	Abraham Rivera.
„	Carlos A. Imendia.	„	Ramón A. Salazar.
„	J. Joaquín Pérez.	„	Antonio Batres Jáuregui.
„	Ismael Cerna.	„	Esteban C. Roque.
„	Anselmo Valdés.	Br.	Juan J. Láinez.
Dr.	Désire Pector.	„	Antonio Macías.
„	Joaquín B. Calvo.	Dr.	Simeón Eduardo.
„	Salvador Flamenco.	„	David A. Payés.
„	Enrique Guzmán y Valle.	„	Ramón P. Molina.
„	Carlos G. Amézagá.	„	Santiago Key Ayala.
„	Ricardo Rossel.	„	Carlos Dárdano.
„	Manuel Moncloa y Covarrubias.	„	Francisco A. Reyes.
„	Justo Zaragoza.	„	Baltasar Parada.
„	Carlos Gagini.	Br.	Adolfo Castro.
„	Marcelino Jaramillo Ortiz.	Dr.	Jesús Díaz de León.
Dr.	Lucio Alvarenga.	„	Rafael E. Cháves.
„	Nicanor Bolet Peraza.	„	Ezio Monjardino.
„	Francisco Argueta Vargas.	„	Leonidas Pallares Arteta.
„	Celso Briones.	„	Ismael Enrique Arciniegas.
„	Domingo Martínez Luján.	„	Carlos Fernández Shaw.
„	José Joaquín Palma.	Dr.	Francisco Cárdenas Rodríguez.
„	Sixto Morales.	„	Vicente Lines.

LA JUVENTUD SALVADOREÑA.

REVISTA MENSUAL

DE LA SOCIEDAD CIENTIFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

Comisión Redactora:

Victor Jerez,

Eusebio Bracamonte,

Doroteo Fonseca

TOMO V. |

San Salvador, septiembre de 1894.

NUM 9.

CORRESPONDENCIA.

Lima, febrero 4 de 1894.

Señor don Doroteo Fonseca, miembro de la Sociedad Científico-Literaria "La Juventud Salvadoreña."

San Salvador.

Distinguido señor:

Grato me es contestar el apreciable oficio de U., de fecha 3 de diciembre último, en que se sirve comunicarme que "La Juventud Salvadoreña" ha tenido á bien favorecerme con el título de Socio Corresponsal en Lima.

A tan señalado honor debo responder por el digno conducto de U., que siempre he visto con simpatía y admiración ese foco de luz intelectual de San Salvador, y que al aceptar, muy reconocido, el nombramiento de Socio en Lima, hago los más fervientes votos porque continúe en creciente marcha una sociedad que es ya para Centro-América un verdadero timbre de orgullo.

Acepte U., señor, con las seguridades de mi particular agradecimiento, la fraternal amistad de su atento y S. S.

CARLOS G. AMÉZAGA.

Sonsonate agosto 7 de 1894.

Señor Secretario de la Sociedad Científico-Literaria "La Juventud Salvadoreña."

San Salvador.

Señor:

Preso mi alma de encontradas emociones, de pesar, de placer, de admiración y hasta de orgullo, he leído atentamente la "Corona Fúnebre" tejida por la Sociedad Científico-Literaria "La Juventud Salvadoreña" en honor de la que fue mi ANTONIA, hermana mía por la sangre y por el arte.

Harto benévolo han sido al juzgarla prosistas y poetas, inspirándose más quizá que en la crítica justiciera; en el noble propósito de estimular á la mujer centro-americana al cultivo de la inteligencia para que pueda concurrir con su esfuerzo al florecimiento de las ciencias y de las letras nacionales.

No es, pues, esa benevolencia, también impuesta por el cariño personal, lo que más honra da á la memoria de mi querida y para mi inolvidable hermana, ni tampoco lo que me enorgullece y más me satisface, sino el hecho de ser la "Corona" un homenaje espontáneo y desinteresado, rendido sobre una

tumba cerrada hace un año, cuando ya el tiempo ha desvanecido la primera impresión dolorosa de la muerte.

La Sociedad ha aplaudido en ANTONIA, no tanto lo muy poco que de su lira brotara, sino la aptitud adquirida para producir algo mejor y más abundante si hubiese llegado á una madurez avanzada del espíritu y conseguido hubiésemos que abandonara el aislamiento intelectual y la soledad del corazón que los pesares le habían hecho amables.

En este rasgo sí estoy de acuerdo con los que han interpretado á mi hermana: era una idea vibrando al compás de la lira que Dios le había colocado dentro de aquel pecho, nido de amor y de virtudes. Pero una idea que era, como dijo Becquer:

“En mar sin playas onda sonante”...

Duerma en paz la triste cantora al arrullo glorioso y triste de la elegía en prosa y en verso, versos y prosa que se cantan á sí mismos en las páginas de su “Corona Fúnebre”, — mientras yo llevaré toda la vida, junto con su recuerdo, la gratitud á la Sociedad Científico-Literaria “La Juventud Salvadoreña” y especialmente á los literatos que concurren á crear la perla literaria que motiva la comunicación presente.

Dígnese, señor Secretario, dar cuenta de esta nota á la Honorable Sociedad, rendirle las gracias en mi nombre y aceptar U. las protestas de la consideración con que le distingue su más atento y obediente servidor.

FRANCISCO E. GALINDO.

ESTUDIO DE LAS DOCTRINAS CRIMINALISTAS de Mr. G. Tarde.

I

Las corrientes de la civilización moderna han traído la necesidad de estudiar muchos problemas, que si no pueden considerarse del todo nuevos, por lo menos no han sido estimados en su trascendental influjo, y por un descuido punible han pasado muchos años sin llamar la atención más que de un círculo reducido, ó como saludable ocupación de moralistas á quienes se cree favorecer con solo oírlos, sin que el fastidio venga á sustituir á la debida atención.

Se ha llegado á un momento histórico y á una condición social en que los grandes dolores humanos, no son tan sólo para cantados en la lira inmortal de los poetas, ni para sentidos por aquellos que en estas tremendas crisis de las opiniones y en la perpetua lucha de los intereses innobles, guardan como en cincelada urna, elevados intentos propios para ser admirados y vehementes deseos que permanecen inactivos, y jamás llegan al campo hermoso de la ejecución.

No solo hay encantos en la vida, no está envuelto el organismo social sólo por los velos azules de las ilusiones, no siempre recorren las miradas valles deliciosos de tintes que se burlan del pincel, ni sólo se escuchan los rumores que se escapan en los dilatados horizontes del arte, hay también coloridos sombríos en el cuadro de la actividad, enfermedades mortales en el organismo común, dolores constantes y ansias indefinibles. Al par que se desbordan los cantares de la alegría, corre silencioso el caudal de las lágrimas y junto á la nota de

la vida, va el grito de la desesperación.

Ya no es tiempo de declamar, pasó la época de los sueños y se deja atrás la mansión de las quimeras, para entrar de lleno en la fatigosa empresa de las innovaciones seguras y de las conquistas útiles y provechosas. Es mejor la existencia que se consagra al peñeño trabajo, que las luminosas divagaciones en esferas que están muy lejos de los caminos dilatados de la verdad: valen más los principios que se llevan á la práctica y en algo mejoran las condiciones actuales, que las doctrinas prometedoras de victorias completas en tiempo muy lejano.

Demasiadas energías ha gastado el sufrimiento, y un escepticismo desolador conduce á las supersticiones brahámicas. La fe sencilla, brindadora de consuelo y llena de encantadoras promesas, apenas deja el vago perfume de los reencarnados.

La existencia moderna corre precipitadamente, se piden buenos productos en tiempo muy corto: hay una sed de cambio, una ansia de emociones, como si el prodigio fuera posible repetirlo en cada instante que viene. Pasan las generaciones y dejan en el escenario de la vida algunas conquistas y muchas pesadumbres, la resolución de pocos problemas y el trabajo de explicar muchos misterios.

Nace de esto una propensión á innovar, una especie de locura que obliga á aceptar todo principio, sin examinar con el debido cuidado si es ó no conveniente, si daña ó no intereses superiores, si la precipitación en acoger todo lo que se presenta como nuevo, aunque no sea más que rejuvenecido, traerá en tiempo muy próximo la dura necesidad de reformar ó el lamentable extremo de cortar un mal que no se extingue, pero aparte de

lo que antecede se comete el error de cambiar á veces los principios que sirven de base al sólido edificio de la sociedad, sin cuidarse de que ello ocasiona á veces tremendas crisis, que los eternos declarados y los amigos de las dianas transformaciones no pueden evitar; porque son consecuencias de procedimientos tan irregulares como extraviados. Esto no significa en manera alguna que se ha de permanecer en el estacionarismo, oponiendo inútil resistencia á las conquistas supremas de la civilización y al empuje de esa fuerza incontrastable, que impete á la humanidad en la senda de su perfeccionamiento, indica sí, que no es conveniente, ni justo, introducir reformas, mientras ellas no estén indicadas por los múltiples elementos que contribuyen al mantenimiento de esas condiciones, que es imposible descuidar, cuando se lleva en mira el bien de la generación, es norte de las leyes la tranquilidad y la paz de la nación, y se quiere llegar á los fines deseados por los medios que señala la civilización.

Hay entre las generaciones como entre los individuos relaciones que no es dado olvidar; porque sirven de firme apoyo á las más seculares instituciones y de lazo á las más hermosas conquistas.

Vivimos de nuestros antepasados como los pósteros vivirán de nuestras victorias y se servirán de nuestros esfuerzos: hay en esto una deuda de gratitud y la solidez se impone, porque es un principio cierto y una ley inmutable.

La época que cruzamos llama á examen todo lo existente, y no lo acepta sin que haya pasado por el crisol de una discusión profunda; pero conviene no caer en el extremo de despreciar ó hacer objeto de nuestros recios ataques lo que

por razones fáciles de comprender, no alcanzamos á explicarnos, debido á que no siempre el criterio sereno guía nuestros estudios, sino que se resienten de los intereses del momento. Nada se alcanza con los pretendidos omniscientes que orgullosos intentan dar la solución que les dicta su manera de pensar en un instante dado á las más arduas cuestiones, que envuelven la felicidad que vamos—peregrinos en el camino de la vida—buscando con el ansia con que el náufrago busca las playas salvadoras.

La mala fe en unas veces y en otras la ignorancia, hacen creer que los más difíciles problemas se resuelven con simples fórmulas que cuando más, tienen el poder de engañar á unos cuantos ilusos, en tanto que los otros quedan riéndose de la candidez de los que siguen sus consejos.

Trabajo difícil es poner en tela de juicio las opiniones de sabios respetables, que consagran diariamente sus afanes á resolver multitud de cuestiones á las que van unidos los derechos primordiales de la persona y los más caros intereses del orden social.

Conviene siempre, mediando el respeto debido, que las afirmaciones de las escuelas, como los resultados de los sistemas no se acepten de una manera irreflexiva, que acarrearía señalados perjuicios al mejoramiento que es ley de todos los órdenes y condición precisa de cuanto existe. Por eso es, que cuerpos de doctrina que parecen acabados han sido en muchas ocasiones objeto de rectificaciones ó reformados en su totalidad.

Va el aficionado como Fausto,—representación de los sueños y de las desesperanzas—en pos de las resoluciones que conducen ya al antro de Milton, ó á las claridades del cielo de Klopstock. Ya no es la

duda de Descartes la que sirve para encontrar la base de ulteriores descubrimientos y afirmar el sostén de las doctrinas favorecidas por los vientos de la popularidad, es algo así como cansancio de las viejas fórmulas, como descontento de lo que no satisface la perpetua aspiración de algo mejor, lo que obliga á entregarse al examen minucioso de los principios hoy en boga. La fe perdida ó vacilante impele á las almas á estudios superiores, que á veces obtienen éxitos asombrosos y en ocasiones también conducen á un estacionarismo envilecedor.

En asuntos cuya importancia es manifiesta, conviene estudiar con sobra de cuidado, todos los aspectos de los males que se trata de remediar.

El alma doliente de este siglo enfermo, busca con solícito afán algo que calme el profundo malestar de que es víctima. Debe huir de las exageraciones del pesimismo y de las falsas teorías del optimismo. Ambos sistemas son, según Taine, “dos maneras de ver las cosas, igualmente legítimas; pero igualmente inexactas, testimonio nada más de un giro particular del alma que á ellos se abandona.”

Una filosofía amarga encuentra en las situaciones de la vida, tan sólo el aspecto sombrío. Por eso dice Shopenhauer: sólo es positivo el dolor; y en efecto el mal de la época es la enfermedad de Werther y numerosos adeptos tiene la teoría de *l'infelicitá* de Leopardi.

Las conclusiones del pesimismo son en extremo desconsoladoras, los más vivos afectos quedan convertidos en fuente de interminables dolores y de males de todo género; los lazos más dulces de la vida, y que contribuyen tanto á mantener el equilibrio social, se transforman en pesadas cadenas que abruman á los más fuertes.

Esta es, en verdad, la filosofía de la desilusión, contra lo que llama Fouilleé la filosofía de la esperanza. Para muestra, ellos consideran el amor como una intriga frívola, como un engaño á la conciencia, y profundizando el análisis, repiten que este sentimiento "aturde las cabezas más fuertes y coloca descaradamente en la cartera del Ministro y entre los manuscritos del sabio las cartas amorosas."

El prolijo examen de los principios que rigen á las instituciones sociales ha hecho nacer multitud de escuelas, y ellas quieren que se adopten las conclusiones que cada una defiende. Se ha controvertido todo; pero se quiere admitir tan sólo aquello que ha sufrido el análisis y ha salido victorioso de la prueba.

En la esfera del Derecho Penal se ha sentido de una manera profunda el deseo de investigación: desconocida la base de los sistemas anteriores, se trata de reducir á meras fórmulas lo que fue aceptado por la generalidad. Ya los sistemas de Beccaria y Filanghieri como las doctrinas de Rousseau han sido combatidas por Lombroso, Ferri, Garofalo, Tarde y otros distinguidos escritores, que en la época que cruzamos han estudiado á fondo la importante cuestión de la penalidad; importante sí, porque de ella dependen los más sagrados derechos del individuo.

II.

El asunto de la penalidad ha llamado y llama con justicia la atención de cuantos se interesan en conservar la armonía necesaria, á fin de que la sociedad sea para el individuo, fuente de toda suerte de beneficios y condición del progreso á que está destinado el sér, por leyes que no es posible eludir.

El restablecimiento del estado de derecho es necesario para alcanzar la mayor suma de progreso, y aun los pensadores menos exigentes han reconocido siempre la urgencia de dictar las leyes represivas y de imponer las penas debidas á los que atacan el derecho ajeno, límite natural del ejercicio de la libertad de cada uno.

El hecho de la criminalidad es difícil fijar cuando principió, se pierde en las brumas del tiempo y el trabajo de los historiadores no ha obtenido el resultado de establecer una época precisa; pero aunque esta circunstancia sea útil en otra clase de materias, basta reconocer que necesariamente á la infracción de un precepto, aun en las sociedades primitivas, debió seguir la aplicación de un castigo que traería el restablecimiento del estado de derecho, que, aunque embrionario, reconocen los tratadistas y que indica un examen ligero de las relaciones existentes entre el individuo y el órgano encargado de la realización de ese derecho. Y cuenta que basta un examen ligero; pues se toca la urgencia que tiene toda colectividad bien organizada, de mantener á los hombres honrados en el pleno goce de sus facultades, sin lo cual es imposible el adelanto, y no puede concebirse la existencia de un conjunto de seres, que armónicamente tratan, entre luchas y dificultades, de conquistarse los medios, para satisfacer sus necesidades y las de sus respectivas familias.

El derecho criminal como cuerpo científico puede decirse que es relativamente nuevo, y desde que se sintió por los pueblos la necesidad de codificar, los pensadores por su parte fueron haciendo observaciones y acumulando estudios de los que nos aprovechamos en la época actual, en que tanto se han difundido los conocimientos de tan

importante ramo de las ciencias sociales y que afecta á todos los individuos.

Las tristes conclusiones á que llega Hartmann, el cuadro siniestro en que agrupa las miserias y decepciones del corazón y el exceso de dolor sobre el goce, que asegura ser el resultado de la acción del hombre, nunca pueden conducir á la ingrata afirmación de que el hombre es por naturaleza inclinado sólo á lo malo, pues ahí estarían contradiciéndolo con sobrada razón, las enseñanzas de la Historia, la observación diaria y los ameritados trabajos de psicólogos distinguidos. *

Si es una ilusión la felicidad interminable, si es cierto que pronto se desvanecen los motivos de alegría, no quiere decir eso que de un extremo se pase al otro, que venga á suceder al regocijo la influencia desagradable de un infinito dolor. Hay un término medio que se presenta á menudo y que es como puente echado entre esas dos orillas, y por el que va la humanidad, ya con sus sueños, ya con sus esperanzas.

Cosa terrible sería, en verdad, perder el camino de los sentimientos más tiernos para caer en el océano de los más profundos pesares. Transformación tan rápida no es imposible que se presente; pero también hay que confesar que no sucede ordinariamente, y que en nada favorece á los que viendo el aspecto sombrío de las cosas, establecen leyes generales para casos en extremo raros.

Como no existe esa propensión solo á lo malo, se explica con facilidad la tendencia de los criminalistas á mejorar la condición del individuo, poniendo á cubierto á la sociedad de una nueva violación á los principios que ella ha encarnado en sus leyes y que los estima como garantía de todos los

órdenes, sin descuidar la reparación, para aquellas que han sufrido un perjuicio y que tienen derecho á ser indemnizados en lo posible.

En cuanto á lo último, ha tenido razón Ferri al formular un grave cargo á la escuela clásica, cuando escribe lo siguiente: "En otro tercer olvido y acaso más grave han incurrido los partidarios de la escuela clásica y los que se dedican al estudio de la disciplina penitenciaria, olvido no absoluto en sus principios teóricos; pero casi absoluto en su aplicación práctica con especialidad en los pueblos de raza latina y un poco atenuado en las naciones germanas y anglosajonas. En su humanitaria preocupación en beneficio de los condenados han prescindido de una serie de hechos tan inseparable del hecho criminal, como la parte superior y posterior de una superficie: creando y perfeccionando la institución carcelaria y su organismo disciplinario y correccional, no se han fijado (sino individualmente al menos, en general los penitenciaristas) en que detrás del delincuente están sus víctimas, sus familias y las personas honradas ofendidas directamente por el delito. Todo esto lo olvidamos principalmente los pueblos latinos, que, impulsados por el sentimiento, mientras vemos al vulgar homicida en flagrante delito nos sentimos obligados á darle muerte, y, pasado algún tiempo, le concedemos toda nuestra irreflexiva compasión, le cuidamos exageradamente en la cárcel como un desventurado inocente y no pensamos ni un momento que en un sotabanco, acaso reducidos á la mayor miseria, lloran y sufren los hijos, la mujer ó la madre del muerto."

En los párrafos trascritos no se ha inspirado el docto criminalista en ningún sentimiento de pervers-

sidad, ni podría entrar en su intención que se agrave el triste estado en que se encuentran los delinquentes, llama sí, la atención sobre un hecho que en verdad se observa á menudo, sobre lo que dirían los romanos compasión intempestiva, pues antes no se trató de prevenir por el medio civilizado de la difusión de las buenas doctrinas, por la influencia que todos reconocen; pero que pocos ejercen en el ánimo de la clase ignorante, encaminándola al bien desde en la escuela, en la tribuna, en el libro, en el periódico. Una interpretación torcida podría hacer creer que se trata de alcanzar la aplicación de castigos infamantes: que se desea presenciar de nuevo aquel lujo de crueldad de que en pasados tiempos se hacía gala, impidiendo así la reforma que, por vías misteriosas, puede llegar al ánimo del delincuente y que en ocasiones logra el triunfo de una completa transformación, útil al desgraciado y beneficiosa en todo sentido al cuerpo social; porque no tendrá necesidad de ponerse á salvo de los ataques de ese miembro nocivo y contará con un elemento de honradez y progreso.

Se señala un error cometido y que cuantos se dedican á los estudios penales habrán observado en distintas ocasiones y con criterio sagaz se indica que proviene de un olvido, lamentable en sumo grado, así para el delincuente como para los ofendidos; para el primero, porque convencido de que es objeto de tantos cuidados cuando ejecuta un delito, de seguro reincidirá, ya que esos cuidados no se le dispensaron antes de incurrir en responsabilidad penal y para los ofendidos es injusto, pues por el hecho del criminal han quedado imposibilitados para proporcionarse los medios que requiere su subsistencia y la de su familia,

ó tal vez hayan dejado privada á ésta de un apoyo necesario en esa época peligrosa en que el despertar de las pasiones puede conducir á los abismos de toda clase de vicios, formando, por tal motivo, una horrible cadena de delitos de que la sociedad se espantará con razón.

Mucho se ha discutido para establecer una definición exacta de la pena y difieren en este punto no solo los partidarios de sistemas opuestos, sino aun los sostenedores de las mismas escuelas innovadoras: obstáculos políticos contra el delito, dice Beccaria, el mal de cualquiera clase impuesto por los poderes del Estado á los que han delinquido quebrantando sus leyes, define Pacheco, y así puede formarse una larga lista de definiciones sostenidas por tratadistas distinguidos. Cada escuela ha definido á su modo y según sus tendencias, pues de ahí se origina la variedad de criterios con que se tratan hechos de indiscutible trascendencia.

En el fundamento del derecho de castigar no caminan acordes los autores: han vuelto á ser objeto de discusión principios que parecía que la generalidad los aceptaba, y se han desechado los fundamentos de las modernas escuelas penales.

El noble milanés que en el pasado siglo lanzó un reto á las viejas instituciones y que llevado de su ardoroso celo operó una revolución en las ideas sobre penalidad, al contemplar el éxito de su labor fecunda y regeneradora, no creyó quizá, que, andando el tiempo, sus opiniones consagradas por la aprobación de los más, sufrirían ataque rudo por parte de un compatriota suyo en quien no se sabe que admirar en mayor cantidad, si la poderosa fuerza intelectual y el criterio sereno é investigador, ó el trabajo solícito y la constancia

excepcional en fundar un sistema de que se ocupan los estadistas y cuantos se interesan en la suerte de la humanidad. Los estudios hechos desde Beccaria á Lombroso, los trabajos de los discípulos de este último, como la eficaz propaganda de Enrique Ferri y Rafael Garofalo han dado origen á multitud de obras importantes en que se discuten los varios problemas de la penalidad.

En lo relativo al derecho que tiene la sociedad de imponer los castigos, que juzga necesarios para garantía general, se han emitido contrarios pareceres.

Aparece la escuela utilitaria y su ilustre fundador se entra en este asunto, atrayéndose las opiniones con la inmensa y arrobadora enegía de su talento poderoso. Las consideraciones utilitarias adquieren mucha boga, se presenta el cuadro de calamidades y desastres que acarrearán los desmanes de aquellos en quienes han muerto los sentimientos del bien y que se van camino derecho de las mayores violaciones, para saciar su sed de venganza ó para llenar cierta especie de costumbre en perjudicar á quienes suponen en una escala más elevada de aquella en que se encuentran. Aducen los argumentos que les sugiere un examen cuidadoso del organismo social, traen á cuenta las lecciones que dicta la historia y se sirven del testimonio indiscutible de la experiencia.

A la aterradora emoción que producen en el ánimo honrado las consecuencias perniciosas de un atentado, oponen, como para calmar la justa ansiedad, el beneficio que acarrea la imposición de una pena, así en lo referente al criminal, que en un establecimiento penitenciario obtendrá la reforma que lo habilite para adquirir los medios que le permitan sostener una posición honrada, como en lo que ata-

ñe á todas las clases que con razón sienten un marcado interés, en que ningún individuo sea rémora para la adquisición de las condiciones de progreso, necesarias á la colectividad entera.

Ese criterio de utilidad tan sujeto á variaciones por motivos de costumbres, de formas de gobierno, de civilización y aun, si se quiere, por las mismas preocupaciones, en ningún caso puede ser el fundamento del derecho en cuestión.

El autor de la "*Ciencia Social*" reconoce la necesidad de limitar el ejercicio de la libertad individual, siempre que cause daño á otra persona: establece un contrato, una obligación de resignarse al castigo impuesto, porque en el régimen del sufragio universal todos los electores contribuyen á la formación de las leyes y la participación que en esto han tenido fija, por decirlo así, el criterio de cada uno para el caso de que se lesionen sus derechos ó para cuando ellos sean los opresores. Viene aquí una aplicación de las doctrinas del filósofo ginebrino, sobre ese pacto celebrado entre los miembros de la comunidad; pacto que no tiene un sólo dato histórico que lo confirme, aunque sea mas bien la expresión de un deseo, que la efectividad de una realización.

Aparte de lo anterior, se tropieza con muchas consideraciones que tienen sobrada fuerza para no dar asentimiento á lo expuesto por Fouillée. Si ese pacto tácito se considerara como verdadero, difícilmente se encontraría un motivo razonable para imponer castigo á las mujeres que delinquen y que no tienen el ejercicio del sufragio, y á los menores de veintiun años á quienes la ley por lo general no concede la misma función, y podría extenderse el argumento hasta respecto aquellos que se abstie-

nen de votar, por causas que no es este el lugar oportuno para enumerarlas y también en lo que se refiere á las minorías vencidas, que careciendo de un representante en los cuerpos legisladores, no pueden de una manera directa hacer valer las razones que tengan en su favor, para que se adopte tal ó cual proyecto de ley, ó para que se derogen las disposiciones que estiman serles perjudiciales.

Parece que de los límites del Derecho Constitucional ha venido al campo de la ciencia penal, esa teoría que no merece los ataques inconsiderados de que ha sido objeto; pero que con todo su prestigio no es dado adoptarla en esta materia.

También hay que recordar que la esfera de acción del legislador no es ilimitada; porque aunque una opinión cualquiera reúna los caracteres externos de ley, porque se hayan cumplido las prescripciones constitucionales y llenado los trámites reglamentarios, no puede reputarse como ley, si no se inspira en los eternos principios de justicia y en las peculiares condiciones de un país para satisfacer por entero su objeto. Nunca el poder que legisla ha de atentar contra los sagrados derechos de la familia, contra los sanos principios de la moral, sin que se haga responsable ante la conciencia y ante la sociedad del perjuicio que ocasione con la promulgación de errores, que destruyen ese prestigio que debe tener lo que se dicta para el bien común, por el que tiene el cuidado de la generalidad.

Subsisten los inconvenientes de la denominada defensa social, en que cada individuo es un enemigo nuestro, que trata de arrebatar nos los medios de nuestro vida y que va á terminar en aquello de la supervivencia de los más aptos.

Las disposiciones menos benéfi-

cas, las leyes más perjudiciales, las tiranías mas odiosas ahí se estarían para obtener una justificación que rechaza á voz en grito la conciencia de los buenos y que nunca obtendrá la sanción histórica, por mucho que en un instante dado logre el terror ó un deslumbramiento momentáneo.

Esbozada queda la doctrina de la defensa social y Guyau afirma "que todo animal responde á un ataque con una defensa, la cual es por si misma muchas veces otro ataque en respuesta del anterior, una especie de choque de reencontro; existe en esto un instinto primitivo que tiene su origen en el movimiento reflejo de la *irritabilidad* de los tejidos vivos y sin la cual la vida sería imposible. De ésto á la justificación de la pena capital no hay distancia alguna, pues aunque se aduce por los sostenedores que si dicha pena es legítima no conviene aplicarla se incurre en una evidente contradicción y cabe decir con Ellore que ó no se consigue el fin que debe proponerse la pena, ó lo consigue mal ó lo consigue á muy alto precio; y que por consiguiente tales razones deben ser otros tantos motivos, que sirvan para persuadir de que debe proibirse á todos aquellos que impasibles ante la justicia no se ablandan sino ante las condiciones de utilidad, que por cierto son las menos favorables y las más expuestas á interpretaciones que se contradicen.

Mr. Ferri da como base la reacción defensiva de la sociedad, que se manifiesta en la imposición de los castigos, y entiende que la ofensa se castiga por medio de la pena, que no es más que la defensa de un organismo contra todo aquello que le sirve de estorbo ó que le causa un perjuicio. Es Ferri el autor de la teoría de los *sustitutivos penales*, basada en la inefi-

encia de la pena; porque dice que al aplicarse ésta solo obra respecto de uno de los factores del delito, los cuales los clasifica en físicos, sociales y antropológicos, siendo alguno de estos últimos, en casos especiales, los únicos que son reprimidos, subsistiendo mientras tanto las otras dos clases: que ante esa acción incompleta no hay que cruzarse de brazos sinó reaccionar eficazmente en el sentido no de estirpar los efectos del mal y sí de remover las causas del mal. Clasifica de esta manera: *ciudadanos incapaces de criminalidad, criminales posibles y criminales necesarios.*

Verdad es que en la aplicación de las penas no se ha obtenido todo cuanto era de desearse; pero ¿acaso se ha obtenido en la organización política, todo lo que enseña la ciencia y lo que dicta la generosidad del patriotismo? Si esto es así, con igual razón se ha llegado al final de la pena por medio de una discreta aplicación y hasta que se compruebe su ineficacia, podría aceptarse lo defendido por el ilustre profesor de Siena.

Entre los inconvenientes de los *sustitutivos* se cuenta el de que su acción es reparadora y que muchos de los medios señalados no corresponde al Estado hacerlos efectivos y tienen que dejarse á la iniciativa individual, poco eficaz en la mayor parte de las ocasiones en que el peligro no está próximo.

El doctor Le Bon adelanta algo más y dice: Las cuestiones de responsabilidad y de libre albedrío no tienen evidentemente que hacer en todo lo que precede..... Tales preocupaciones son en realidad pueriles. *Cuando una víbora ó un perro rabioso me muerde, me cuidó poco de saber si el animal es ó no responsable de su mala acción.* De aquí se deduce que la conducta que debe observarse con el criminal es lo que se hace con la ví-

bora ó con el perro rabioso. No puede haber mayor claridad en la doctrina; pero también sin ningún esfuerzo se ve lo odioso del sistema del escritor belga.

Garofalo por su parte, principia desconociendo las bases de la legislación penal aceptadas hoy por los pueblos cultos, dice que se incurre en un error, porque se cree que el criminal es un hombre como todos los demás: que la determinación de las circunstancias atenuantes obedece á la relación ideal entre la pena y el delito; pero que reemplazando esa consideración por la de la perversidad del delincuente muchas de esas circunstancias cambiarían: que las palabras dulzura y rigor debieran desaparecer del diccionario de los criminalistas, porque son extrañas al fin de la personalidad.

Nos habla de la idoneidad del culpable para la vida social, es decir la aptitud que puede adquirir ó tiene para perseguir las condiciones que exige su naturaleza. Sostiene lo que han llamado la eliminación de los elementos nocivos y la curación de lo que, por ley de la herencia ó por adquisición propia, se estima como una locura ó como una tendencia.

Los remedios que propone son de eliminación: pena capital, deportación ultra-marina y perpetua, relegación y simple exclusión y el asilo para los criminales dementes. Por esto se juzgará que el ataque á las escuelas clásicas es sobrado enérgico. Las muchas variaciones entre los mismos innovadores han traído por consecuencia una división que se presta para oponer los argumentos del uno á las teorías del otro, medio empleado ya, y que ha producido buenos resultados en el sentido de destruir.

III

Para encontrar el génesis del

delito, las nuevas escuelas, y en especial la del doctor Lombroso, quieren probar que el delito es productó de las condiciones orgánicas, influyendo también las circunstancias del medio ambiente, relacionadas con los factores antropológicos y sociales. En la ejecución de todo acto punible, dicen, hay que apreciar el predominio del mayor motivo que determina la voluntad, la circunstancia comprobada por la Estadística de que el hecho de la criminalidad obedece á una ley general y superior del hombre que rige la marcha de éste; ley á que Ferri da el nombre, de *saturación criminal*, y la influencia que ejercen sobre el estado normal la herencia, el medio físico y el medio social.

En la primera afirmación se encuentra establecida la tendencia de los deterministas que, al sostener de una manera absoluta la ley de la influencia del mayor motivo en la conducta humana, desconocen también la libertad que se tiene para ejecutar lo que cuadre más á los intentos ó lo que se estima como imprescindible para alcanzar un fin.

Para los deterministas, las leyes penales con sus sanciones son atentatorias á la libertad que tiene cada individuo de regir sus actos de la manera que le parece mas conveniente. Verdad es que siempre que vamos á ejecutar un acto, indagamos qué consecuencias nos traerá y nos decidimos según la educación y las especiales condiciones en que nos encontramos; pero esa misma indecisión es reveladora de nuestra libertad, y aun cuando obedezcamos á la llamada ley del mayor motivo, no es de una manera fatal.

Se aduce que nuestra supuesta libertad proviene del desconocimiento de los motivos que nos impulsan, y que basados en nuestra

ignorancia creemos en una ilusoria libertad. Pero si se afirma que el ignorar todos los motivos es causa de error, en el mismo caso se encuentran los deterministas, quienes de seguro no tendrán el privilegio de conocer todos esos motivos y no teniéndolo, tales argumentos destruyen sus más rotundas afirmaciones.

Diariamente vemos que los pueblos cambian de ideales, que sustituyen unos gobiernos por otros, que aceptan nuevas leyes, creyendo que las existentes les son perjudiciales: la inquietud y cierto afán de novedad obliga á aceptar aquello que se creé que pronto nos brindará la hermosa felicidad en pos de la cual caminamos, como ilusos quizá, como soñadores tal vez, convencidos en el fondo de que nunca habremos de alcanzarla, por más que empeñemos en ello toda nuestra actividad.

En un mismo individuo se nota á menudo, que lo que ayer fue motivo de todos sus afanes es hoy objeto del más profundo desprecio. Ley admirable que nos arroja en brazos de lo desconocido y que cumplimos entre el frenesí del regocijo y bajo la influencia terrible del dolor.

Adoptando por completo la teoría de Lombroso, desconoceríamos multitud de hechos meritísimos que presentan los historiadores, para que vayamos templando nuestro carácter en la escuela del deber, adquiriendo la energía necesaria para resistir al terror ó al halago y logremos salir vencedores en estas terribles batallas de la existencia.

Debemos reconocer que nunca llega la perversión hasta el extremo desconsolador de cerrar las puertas á la enmienda, y que hasta en el criminal más empedernido hay ciertos **secretos resortes**, existen gérmenes de los que se puede

obtener una transformación benéfica y quizá un mejoramiento completo. Ningún corazón puede morir para el remordimiento y esto es principio de una resurrección.

La ley que llama Ferri de la *saturation criminal*, tiene su fundamento en los datos estadísticos y se cree que en la expresión numérica de los hechos sociales se basa el principio, que permite asegurar la existencia de una norma en la marcha de la humanidad.

La experiencia se ha encargado de refutar esta última afirmación y esa cuota imaginaria no ha podido fijarse de una manera completa, como no se ha logrado obtener una ley general que domine multitud de hechos sociales; como no se ha determinado la cuota de nacimientos, matrimonios, divorcios, defunciones, accidentes ferroviarios, incendios y cartas depositadas en el correo.

Se afirma que los datos estadísticos comprueban que los crímenes contra las personas disminuyen mientras aumentan los atentados contra la propiedad, debido á la dificultad de conseguir los medios de subsistencia, al frío y á otras causas, en tanto que las comodidades y el aumento de temperatura desarrollan las fuerzas orgánicas y dejan libre expansión á la actividad criminal, que no teniendo motivos determinantes para perjudicar en los intereses se dirige necesariamente á atacar á las personas: que en los climas cálidos aumenta el derramamiento de sangre y que lo contrario sucede en los climas fríos y que el homicidio y el suicidio siguen una marcha absolutamente inversa. Acerca del suicidio, y á manera de digresión es el caso de recordar aquí el estudio de causas predisponentes y determinantes del suicidio, hecho por Mr. de Boissinont.

Entre esas causas se señala la

acción del clima, la influencia melancólica de la naturaleza y los prodigios de la educación.

La historia del suicidio es larga de hacerse y desde el indio que entonando los himnos más hermosos y los cantares más tiernos, veía sumergirse su barca, desde el escepticismo desolador de algunas escuelas griegas, hasta los motivos simpáticos de la edad caballerescas, en que exaltada la fantasía era religión altísima el honor, hasta las causas más ó menos justificadas en la época presente, que obligan al mandatario de una república hispano-americana á acudir al tremendo remedio y que colocan el arma fatal en manos del Jefe de un partido político de Francia, se notan ciertas influencias sociales, el predominio de algunas doctrinas poco escrupulosas y quizá lo que llama Mr. Tarde el espíritu de imitación.

Hay tanta variedad en los motivos determinantes, que no es posible fijar con precisión una causa generadora de este mal. El sacrificio de Codro y de Decio, el espíritu de propaganda que dominó á Zenón, el tierno reclamo de Arria, el temor de Cleopatra y la sublime heroicidad de Lucrecia, son otras tantas pruebas de lo afirmado anteriormente. El poeta Petronio sabe cómo se juega con la muerte y Caton discute con admirable serenidad

Este mal que parece irremediable obedece á la influencia social y á ello se refiere Goethe cuando dice: "Pedimos á la existencia mucho más de lo que puede darnos y estos impuestos exhorbitantes que le imponemos no pueden ser ni durables ni bastantes á calificar la avidez inmensa de nuestras sensaciones. La boga que ha obtenido el *Werther* me prueba que esas mismas ideas tan enfermizas no eran particulares ni privativas mías."

Ferri se extiende á señalar los

medios que cree más apropiados para contrarrestar á la saturación criminal. Niega el docto profesor la influencia que á la pena conceden las escuelas espirituales, y señala los medios que estima como más prácticos y más provechosos. En el orden económico hace referencia al libre cambio, aspira por la supresión de las aduanas y de los impuestos directos, los cuales dice, deben dejarse sobre lo que es causa del alcoholismo. Afirma que el estado debe organizar trabajos para dar los medios de subsistencia á los indigentes. Antes de seguir conviene notar que la cuestión del impuesto directo, tiene tantos y tan serios inconvenientes que los mismos economistas dudan sobre su adopción. Respecto al trabajo que se debe suministrar á los menesterosos, es el caso de recordar todas las razones porque se ha desechado la teoría de Luis Blanc. Es innegable que el medio propuesto respecto á la libertad del comercio es muy bueno, como sea en la órbita de la Economía Política; pero no en la extensión que le da Ferri. Para evitar las rebeliones, las conspiraciones y los clasificados delitos políticos, quiere la organización de un gobierno nacional del cual creé que depende la tranquilidad pública.

Magnífico parece el remedio, pero al llevarlo á la práctica las dificultades son inmensas y hay algo de utópico en el sustitutivo propuesto. En ese camino estan los demás medios que señala, tanto para el orden civil como para el religioso. Exigen tantos cambios, son muchos de ellos objeto de discusión y se controvierten sus ventajas entre pensadores distinguidos.

El gran argumento que la nueva escuela encuentra en la Estadística Criminal, lo ha desconocido Tarde, en virtud de las razones poderosas que encontró en la in-

vestigación de los mapas presentados por los mismos jefes de las escuelas innovadoras.

En cuanto á la crítica que hace Garofalo del sistema penitenciario, indudablemente tiene mucha razón y más delante expondré algunas de las reformas que sostiene.

Garofalo indica que en el estado actual la profesión de malhechor es una de las más provechosas y de las menos expuestas. Dice que en Italia, "solo en el año de 1880 los crimines juzgados por los tribunales de derecho han producido á sus autores seis millones ciento veinticuatro mil francos que repartidos entre 4290, dan por término medio para cada uno 1400 francos y que respecto á los riesgos del oficio los casos de impunidad se elevan al 35 por ciento." A lo anterior se agregan las observaciones de Ferri, quien hace notar que el obrero honrado se encuentra en peor condición que el criminal, pues en tanto que el primero tiene que luchar con las dificultades de obtener trabajo y de que éste le sea recompensado en cantidad bastante para sus exigencias, el segundo poco ó nada tiene que cuidarse de buscar ocupación, pues sabe muy bien que existen asociaciones que toman sobre sí el encargo de buscarla. Por otra parte, el criminal tiene asegurada la subsistencia y para el caso de una enfermedad, una asistencia solícita y un cuidado caritativo minoran sus padecimientos.

El trabajo de las penitenciarías, agrega, entra en el mercado á formar una competencia perjudicial para el trabajo libre, pues siendo menores los gastos de producción de aquel, el precio será inferior, obteniendo así una ventaja muy clara.

En lo que toca á la privación de libertad el docto criminalista, quizá exagerando un poco, cree que gran

parte de los reos al sentir cerrarse las puertas de la cárcel gozan mucho, pues respiran el aire más propio para su salud y encuentran motivo de alegría al volver á estrechar los lazos, que entre ellos habían tendido el común destino y el común peligro.

En lo que precede se expuso la crítica relativa á la falta de indemnización á las personas ofendidas. Se ponen por los doctrinarios estas terribles palabras en boca de un criminal. *“Soy un hombre y soy honrado, me encuentro sin trabajo y quiero vivir y vivir honradamente para huir de la única alternativa que la sociedad me deja: ó el suicidio ó el delito, que me dé á mí y á mis hijos un pan robado, pero un pan que mata el hambre.”* Hay una idea sombría en esos conceptos y por desgracia en las sociedades más civilizadas, quizá esas palabras se repitan diariamente y tal vez ellas dan origen á multitud de desgracias, por la dura ley de las consecuencias necesarias. En nuestras sociedades, jóvenes como son, y donde una naturaleza pródiga brinda mil medios á la acción del trabajador, el problema no se presenta tan pavoroso ni reviste un aspecto tan amenazador.

El sistema penitenciario tiene sus vicios, y ellos han servido de argumento principal para tratar de desecharlo; pero también debe reconocerse que se han cerrado los ojos á los beneficios que produce.

En cuanto á la institución del Jurado se hace notar la falta de conocimientos de los individuos que lo forman, la compasión que conduce á absolver en casos de penas muy severas, la facilidad con que esos jueces de un momento, sin la conciencia de su enorme deber, pueden dar un fallo favorable ó adverso, sin tener responsabilidad alguna ante la ley y obedeciendo en muchos casos á la in-

fluencia del temor ó de la conmiseración.

IV

Enumeradas á la ligera las opiniones respecto al delito y á la pena, se encuentra de nuevo una gran confusión en las doctrinas relativas al delincuente, y hay ocasión de nuevo para admirar el trabajo inmenso realizado por el sabio doctor Lombroso. Este notable antropólogo señala las anomalías del delincuente, en sus profundas investigaciones encuentra los caracteres distintivos del criminal nato y del criminal de ocasión, investiga la estatura, el peso, las dimensiones de las manos, la longitud de los brazos y la capacidad y circunferencia del cráneo y otros datos que es largo enumerar. Estudia las anomalías teratológicas y patológicas del delincuente, y sobre todo ello descansan las opiniones de su escuela.

De ahí proviene que el criminal sea un loco, un enfermo ó un salvaje y de ahí viene la ley del atavismo y de conclusión en conclusión, para el doctor Pablo Albrecht el tipo normal en la sociedad es el delincuente y opinión contraria sostiene Lombroso. Idénticos trabajos se prestan á conclusiones opuestas. Lacasagne, de la escuela de Medicina de Lyon, opina que el criminal es el tipo retrasado.

Se llega, pues, á la gran cuestión de si el criminal es ó no un loco y necesariamente de la resolución de ese problema, dependerá la manera de tratarlo: si lo primero, la cárcel debe convertirse en un manicomio, si lo segundo las disposiciones de nuestros códigos, que distinguen entre el delincuente y el enagenado mental, deben ser sostenidas.

El asunto no puede ser más grave, la revolución en las legislaciones será completa, desde que se

admitan las conclusiones de esas escuelas que tienen propagandistas tan ameritados. Mayor dificultad si se considera, que para llegar á un término propio hay que entrar en estudios difíciles.

El Señor Aramburu dice que para el sentido común un loco y un criminal serán siempre dos cosas muy diversas, aunque muchas veces no se conceptúe capacitado para resolver los casos concretos que se presenten y que ante el loco se experimenta lástima, simpatía, compasión, mientras que respecto del delincuente son muy variadas las emociones, quizá odio, quizá desprecio.

No hay duda que sin poder fijar una diferencia entre la pasión y la locura, por requerir conocimientos especiales, todos, más ó menos, juzgamos sobre los actos pasionales.

Mr. Tarde no participa de las ideas de Lombroso, rechaza sus conclusiones y ve en el delito el producto de los factores sociales, que, sin duda alguna, son los que intervienen en la comisión de los actos punibles; y esta doctrina de suyo más consoladora y más conforme al común sentir de los tratadistas, deja á la sociedad en apatitud de prevenir los males y en capacidad de intentar el mejoramiento de los seres sobre quienes ha recaído un fallo condenatorio.

El profesor de Turín se vale de la primitiva costumbre del *tatuaje* y de la insensibilidad de los delincuentes, después de los estudios enumerados para sostener el carácter salvaje del que delinque. Observa que el que comete un delito, generalmente no sufre ninguna emoción ante sus víctimas, y que en sus visitas á los establecimientos carcelarios ha comprobado que los detenidos gozan con el relato de sus crímenes, y que antes de mostrarse arrepentidos se complacen en revestirlos de colores exa-

gerados, así en lo referente al objeto obtenido, como al valor de que han dado muestra: que en todos ellos hay siempre un deseo de venganza y que en su mayor parte hay tendencia á reincidir, y si algunos ante sus jueces se muestran arrepentidos, es para hacerse menos pesada la reclusión ó para alcanzar una disminución en la pena. Se cita la observación de Thompson, que entre 410 asesinos encontró solo uno verdaderamente arrepentido y dos entre 130 mujeres infanticidas. La escuela insiste en sus afirmaciones al tratar de la criminalidad de las mujeres; pero á estas observaciones no les da gran importancia. Mr. Tarde, hace notar que el nuevo procedimiento acerca de la criminalidad femenina es demasiado arbitrario, pues se incluye la prostitución, dejando fuera, al tratar de la criminalidad masculina, muchos vicios del sexo fuerte, como la embriaguez, el juego y otros más.

Al estudiar la delincuencia femenina, uno de los principales adeptos llega al extremo de afirmar que el pudor ha quedado reducido á una vieja preocupación. La repugnancia más justa se une á la falsedad de tan atrevido concepto, y necesario es rechazar tal afirmación, que desconoce uno de los sentimientos más delicados de la mujer y una de las manifestaciones de su poética individualidad.

En comprobación de lo referido antes, respecto á la anomalía del delincuente y como una de sus peculiaridades, se cita el cambio que realiza en el lenguaje, dando á las palabras una significación del todo extraña á la que fijan los léxicos y que ha dado origen á la *germania* ó *caló*. Se acumulan muchas otras observaciones que tienden á fijar la pretendida degeneración, fundamento de las escuelas innovadoras; pero basta con citar las más impor-

tantes en gracia de la brevedad, ya que poco ó nada se refieren á lo principal, como la de que en las cárceles se ha formado una literatura criminal, por medio de la cual los reclusos manifiestan sus temores y sus esperanzas, formulan los proyectos de evasión y á veces cantan algunos amores desgraciados, de los que tal vez dependa su miserable estado.

Recordando el punto de la insensibilidad en los delinquentes, no debe ser objeto de tanta atención ni atribuírsele tanta importancia, porque no debe olvidarse que el mayor número de condenados pertenece á las clases sociales en que los trabajos duros son diariamente emprendidos y que esa fatiga constante, algo, si no mucho, contribuye á esa tan decantada insensibilidad. Por otra parte hay que confesar de llano en llano, que el medio educativo es causa de la mayor ó menor insensibilidad, así como también la edad, la constitución física y hasta los caracteres típicos de cada raza.

No son ni pueden ser igualmente sensibles al padecimiento físico, la organización enérgica del hombre del campo, que el cuerpo delicado, acaso enfermizo, del que rodeado de toda suerte de comodidades, el más ligero cambio de temperatura ó el menor descuido en la alimentación le traen enfermedades que el labriego jamás ha sufrido.

Si el criminal tiene mejor vista que el hombre normal es muy fácil de explicarlo, tanto por el género de ocupaciones de ciertas clases, en que la miopía ó la presbicia se presentan á menudo, como por aquello otro de que la necesidad obliga á ejercitar los órganos que son más indispensables para el oficio ó profesión, natural es que el músico tenga bien educado el oído y lo que se dice aquí puede aplicarse á lo demás.

Ninguna emoción experimenta el criminal ante su víctima y más bien parece regocijarse cuando nota que ha llenado su deseo, que su padecimiento tendrá la satisfacción de haber hecho cuanto mal pudo, se ha dicho como en son de protesta; pero esa insensibilidad proviene de la falta de educación, y además no puede asegurarse si el criminal tal vez no sufre ó quizá experimente una de esas terribles emociones que parecen matar la sensibilidad. Y si esto es así, de lo que por error no se conoce se quiere formular un cargo. No hay que buscar en el delincuente los agraciados colores con que la púdica doncella expresa su rubor, cuando allá en la dulce intimidad del hogar la sorprende la madre, leyendo una carta del que es objeto de todos sus ensueños, de todas sus esperanzas.

Descuret decía que la rubicundez producida por el amor empieza por la frente, la de la vergüenza por las mejillas y el borde de las orejas, la de la cólera por los ojos. Y Lombroso asegura que los asesinos suelen tener los ojos inyectados de sangre. Pues ahí teneis, se ha replicado, el rubor del malvado, no es tibia ola de gracia que pasa; es corrosivo fermento que se coagula y estanca.

Tampoco es cierto que el criminal pierda todos los afectos; muy comun es ver en las cárceles, reos que trabajan con solicitud no por proporcionarse una condición mejor, sino para aliviar la suerte de sus desgraciadas familias; y hay entre ellos muchos que son modelos de hijos y de padres y que conservan aun bajo aquella pesada atmósfera de las prisiones, algunas de las sanas ideas que adquirieron en su infancia.

Se ha creído que es una manifestación atávica la costumbre que tienen los criminales de pintarse

en el cuerpo figuras de uno ó de varios colores; pero es de observar en oposición á ese pretendido argumento, que también los marinos lo practican y que obedecen al espíritu de imitación y también no es extraño que los alumnos de los colegios se presenten con figuras ó inscripciones en el antebrazo. Además, la reclusión á que está sometido un individuo lo hace caer en las más extrañas aberraciones.

Mr. Tarde de una manera oportuna hace notar que si el criminal es un loco, entre los locos no se acostumbra el *tatuaje*, el cual ha sido usado por los marinos y que ningún indicio da de criminalidad. Si en la Polinesia es acostumbrado el *tatuaje*, se explica por motivos religiosos, para dar mayor fereza al semblante é infundir el terror entre los enemigos y quizá por seguir una moda, que nos parece muy rara y que entre esos salvajes es muy seguida, no obstante las dolorosas operaciones á que se someten.

Ciertas inscripciones que presentan los criminales, el nombre de la mujer amada, una cifra que tiene un recuerdo, no pueden revelar atavismo. Los niños manchan lastimosamente las paredes de los colegios y es motivo de agrado grabar las iniciales de sus nombres en los bancos escolares. Un muchacho cuando tiene un carbón, gusta de dibujar el severo rostro del señor catedrático. Los enamorados escriben el nombre de su novia en las arenas de la playa. Hay en ello un deseo de no muy difícil explicación.

La *germania* ó *caló* de los criminales en nada contribuye á sostener las teorías del doctor Lombroso; y aunque el célebre criminalista, con paciente solicitud ha querido encontrar en ese laberinto un motivo que indique cierta propensión del tipo criminal á distinguir-

se de la generalidad, revelando así tendencias que lo acercan al salvaje ó pasiones que sean prueba de una enagenación mental, no lo ha logrado; porque bien sabido es que en toda sociedad, y aun entre círculos pequeños, existen algunos giros, una especie de lenguaje de alusiones que no conviene hacer público y que para los que están en el secreto de los hechos que los motivan se presentan muy claros, mientras que para los profanos son ininteligibles.

Concurre á fijar mejor las ideas el hecho reconocido de que todo arte, toda profesión tiene un tecnicismo especial y en cuanto á los criminales á quienes podría perjudicar el uso de las palabras apropiadas, se explica que utilicen un lenguaje especial para ocultar sus intentos. Podría argüirse que aun en sus conversaciones íntimas se sirven de esa *lingua forbesca*; pero es porque acostumbrados á usarla á cada instante, por necesidad lo hacen á diario.

Se supone que esa manera especial de hablar es porque sienten de distinta manera y recurren por tanto á distinta expresión. Aparte de que es un cargo gratuito como otro cualquiera, resulta que eso es lo que se quiere probar, es decir, que el diferente lenguaje es causa reveladora de una perversión. El autor de la *Criminalidad Comparada* dice que toda antigua profesión tiene su *caló* y que han formado una germania los marinos, los albañiles, los caldereros, etc.

Como degeneración atávica se considera el carácter de la literatura criminal; pero es natural que se cante aquello con que se está en más inmediata relación.

Al tratar del tipo criminal, el autor de *L' Uomo delinquente* fija los caracteres de esa su creación que ha dado origen á tantos estudios: cree que la prueba de sus a-

certos la da la Estadística y que está bien caracterizada en el 29 por ciento de los criminales. Topinard se encarga de establecer la significación de la palabra tipo y demuestra que éste es un conjunto de caracteres que permiten distinguir á un individuo de otro, á un grupo accidental de otro y las investigaciones del profesor italiano no alcanzan ese soñado fin. Todos los datos señalados por la nueva escuela se encuentran más en las mujeres, y la Estadística afirma que es mayor el número que proporciona el sexo fuerte á la acción de los tribunales.

Mr. Ferri sostiene que en el loco moral se encuentran las mismas anomalías que en el delincuente, y Lombroso, en el Congreso Antropológico de 1885, dijo que los locos morales justamente porque son criminales no se encuentran con frecuencia en los asilos, mientras que se hallan en gran número en las prisiones.

La pérdida de los caracteres propios forman el tipo uniforme y es el resultado de una *degeneración mórbida*. Mientras Lombroso sienta que la locura moral es el género, del cual el crimen constituye una especie, el célebre doctor Cullere opina que el crimen y la locura tienen mucha afinidad; pero que nunca se confunden. Puede, dice, que sean dos ramas de un mismo árbol; pero convergen en el tronco, se separan en las ramas y van en direcciones distintas.

Llama la atención sobremanera, que tal vez por un error de los tribunales se imponga pena á un enagnato; pero no se encuentra cómo garantizar á la sociedad si se admite irreflexivamente, que todo criminal es un enfermo que merece mil cuidados.

En la aplicación de estas doctrinas se ha estudiado á los personajes históricos, que se tienen como

mónstruos de crueldad. De Calígula se dice que era maniaco y que tenía el delirio de las grandezas. Claudio sufría los accesos de rabia de los idiotas, tenía el brazo derecho paralítico y el andar vacilante.

Confirma la singularidad aquella del grano de locura del gran preceptista y que Molière aceptaba, reconociendo que todos los grandes hombres tienen algún grano de locura mezclado con su ciencia. Algunas particularidades de ciertos grandes hombres no autorizan para considerar que tienen propensión á la locura. A veces no son más que producto de un estado especial que muy pronto pasa. Chateaubriand padecía de tedio y muchos hombres notables han tenido ciertas costumbres para elaborar sus trabajos en ciertos actos de la vida; y como la generalidad no se explica lo que para los otros es natural, se denomina aberración lo que es necesario para ciertas actividades.

Tales aberraciones se cree que son reveladoras de carácter salvaje y que denotan una inferioridad, por lo que los niños y los salvajes se asemejan.

Hay una exageración en suponer destituidas de toda noción de justicia y de buenos sentimientos á las sociedades primitivas. Los antiguos relatos de los chinos, las tradiciones egipcias, los recuerdos de los hebreos, indican que esa afirmación no está comprobada y aun se discute por los sabios.

Mucho en que pensar ha dado la cuestión de la herencia en lo que mira á la penalidad y se afirma que los caracteres de los ascendientes, se encuentran en los descendientes, y así dice Garofalo que los vicios que son comunes á los padres se transmiten á los hijos; entre los que son particulares á cada uno de ellos, algunos son preponderantes y pasan á la des-

oendencia, lo que sucede ordinariamente, agregando que con frecuencia ese legado se alterna ó interrumpe y que el niño no se parece al padre ni á la madre sino al abuelo ó á la abuela.

Así como se ha observado que de padres criminales nazcan hijos también criminales, se ha comprobado que hombres muy honrados tienen ascendencia no muy limpia. Se exagera tanto lo del atavismo que se cae en un error lastimoso, por las deducciones que se hacen, y debiera tomarse en cuenta que si muchos hijos de criminales siguen la misma senda de sus padres, es porque la influencia del ejemplo por una parte y la de la educación por otra, van preparándolos gradual y seguramente á esa terrible lucha de las pasiones mal dirigidas.

Teoría peligrosa es la de la nueva escuela y sobre peligrosa demasiado triste: hacer heredero al nieto de los vicios del abuelo, lo rechaza el buen sentido y lo contradicen la observación diaria y los principios de la justicia universal.

V.

Expuestas en lo principal las doctrinas de Lombroso, Ferri y Garofalo é indicadas las observaciones tan sabias que á la escuela innovadora ha hecho el eminente juriconsulto Mr. G. Tarde, es el caso de manifestar el resumen de las opiniones del ilustre Juez de Sarlat; y aunque en lo ya escrito queda claramente definida su escuela, conviene insistir en la explicación de la doctrina, que merece ser estudiada concienzudamente. El mismo autor de la *Criminalidad Comparada* dice que ante todo y sobre todo su obra es la de un sociólogo en toda la extensión de la palabra. Profundizando el estudio de la variedad de relaciones que hay entre los individuos y

entre las sociedades, se puede asegurar que lo que se observa como ley reguladora es la influencia de la imitación. En literatura, en artes, en legislación se tiende á imitar mucho, por no ser muy fácil el inventar.

Hay una ley de repetición en la marcha progresiva de la humanidad, y el estudio de los fenómenos históricos, comprueba con gran acopio de razones que muchos cambios en la forma de gobierno, antes que á una necesidad obedecen al espíritu de imitación. A la ley de la evolución de Spencer se opone la de la imitación de Tarde. No se puede desconocer la exactitud de la opinión del juriconsulto francés: las exigencias de una clase social, por imitación van descendiendo paulatinamente hasta llegar á constituir algo imprescindible para todos. Cierta orden de ideas, al principio tal vez indiferente y en muchas circunstancias odioso, se acepta al principio en parte y se termina por aceptarlo todo, y hasta se le hace una eficaz y activa propaganda.

Para hacer más clara la proposición puede notarse un hecho muy generalizado y que preocupa á los sociólogos. Se trata del duelo, que mientras para unos responde á cierta necesidad social, para otros es resto de añejas costumbres, especie de uso salvaje, algo como desconocimiento de la influencia de las leyes para reprimir las asechanzas de los perversos ó los ataques de los necios.

En lo antiguo se presenta el duelo como resultado de las ideas dominantes: la venganza y el odio fueron causa de su nacimiento, en la actualidad algunas ideas del honor, entendidas arbitrariamente ó el deseo de publicidad en varias profesiones, como en el periodismo y la milicia, son más frecuentes los casos.

El aumento de los suicidios que en la actualidad señalan los datos estadísticos no puede comprobarse, como se ha querido, por motivos del clima ó de la herencia; sino más bien por la influencia de las acciones sociales que colocan al individuo en situación tal que atenta contra los derechos de sus semejantes ó pone término á una existencia que, falta de placeres, le impelle á buscar el tremendo desenlace.

El suicidio de los militares hace pensar que no es la falta de un régimen enérgico la causa predisponente para quitarse la carga de la existencia, más bien son los efectos manifiestos de la ley de repetición.

La educación pública ejerce una acción benéfica en el sentido de moralizar y necesariamente moralizada una sociedad, la cuota del crimen disminuirá. Tarde dice: "Es muy de notar que el influjo moralizador del saber comienza desde el momento en que cesa de ser más útil tan sólo y se convierte en objeto de arte. Si la instrucción viene á no ser más que profesional, si cesase de ser estética ya que no clásica, perdería sin remedio su virtud regeradora. Por qué? Porque no puede concebirse el bien sino como *utilidad social* ó lo bello intensivo; porque de esos dos fundamentos de la moral, el primero, el fundamento utilitario, implica necesariamente el segundo."

Según esta escuela la insensibilidad penal existe porque el hombre continúa siendo el mismo aun después de ejecutado el acto punible y porque cuanto más grande es la semejanza, es más vivo el sentimiento de la responsabilidad. Hay, pues, un fenómeno social y el individuo es responsable y toma sobre sí las responsabilidades consiguientes á la agresión del *deus* o ageno.

Se exige para el fundamento de la responsabilidad que el individuo sea *sui compos*: que deliberadamente haya ejecutado el daño, es decir, que su acción reúna las condiciones necesarias para que pueda deducirse contra él el cargo necesario.

En lo referente á la responsabilidad ó irresponsabilidad absoluta, opina Tarde que son más bien límites ideales y no hechos comprobados perfectamente, como se necesita de que sean en materia de constante aplicación como la de que se trata. No aceptando esos extremos se aproxima el concepto de la responsabilidad del hombre normal, admitiendo las circunstancias atenuantes y agravantes de responsabilidad.

El punto en que anteriormente se han visto desacordes hasta los propagandistas de las escuelas innovadoras, es decir, el punto de la locura, Tarde lo estima como una desasimilación, y dice que el loco es irresponsable, porque la enagenación lo ha hecho extraño á su medio.

Está reconocido que no existe la semejanza que algunos establecen entre el delincuente y el loco, semejanza que no se ha obtenido no obstante los trabajos de paciente análisis llevado á término por el autor de *L' Uomo delinquente* y según eso no podrá ser nunca igual el tratamiento á que se sujete á un perverso, que goza con hacer daño, tal vez á quienes en nada lo han ofendido, que al desgraciado en quien la falta del uso de sus facultades sea por sí mismo un terrible padecimiento.

La insensibilidad física de que tanto se han servido los antropólogos, debe ser desechada por los motivos aducidos al tratar de las teorías de Lombroso y porque á ella contribuyen causas sociológicas, como son la educación y el

buen tratamiento. Mr. Marro, que tanto se ha esforzado por establecer esa insensibilidad física, se alegra de haber llegado al éxito deseado; pero Mr. Tarde le objeta que complacientes bribones le han permitido examinar y apreciar en planchas *ad hoc* por medio del esfímetro, la manera con que late su corazón, bajo la impresión de una frase de cortesía que se les dirija.

Para la clasificación de los criminales se toman en cuenta varias consideraciones sociológicas, formando grupos separados atendiendo á las profesiones, clases sociales y educación.

Se separa la criminalidad urbana de la rural, distinción necesaria y que antes no se había observado.

Entre las reformas propuestas por Tarde se cuentan muchas que son dignas de estudiarse con el más profundo cuidado, porque ellas, aun en el estado actual de la legislación, traerían grandes ventajas.

Principia por señalar la necesidad del concurso pericial en el orden científico, para que un cuerpo dotado de los conocimientos suficientes preste su ayuda á los jueces y tribunales en la inquisición de la verdad. En muchas ocasiones los jueces se encuentran en serias dificultades para resolver con acierto, y á efecto de salir del apuro se basan en las afirmaciones de dos ó más individuos á quienes por burla pudiera dárseles el nombre de peritos. Los casos prácticos confirman esta necesidad, y ningún jurisconsulto se creará degradado al confesar que carece de conocimientos especiales en algún ramo del saber. Son evidentes las ventajas de la reforma propuesta, y algunos países tienen organizadas instituciones que se encargan de ayudar con sus luces á los jueces y de practicar aquellas operaciones, para las cuales son imprescindibles

conocimientos sólidos y extensos.

Garofalo no acepta la actual organización judicial y pide que los encargados de los asuntos criminales sean especialistas y expone "que el magistrado de hoy día que aspire á llegar á ser el magistrado del porvenir, necesita poseer conocimientos técnicos relacionados con la ciencia penal. El Código Penal del porvenir exigirá en los hombres llamados á aplicarle, un conjunto de conocimientos muy diferente de las Pandectas y de las instituciones de Justiniano que no servirán más."

Mr. Tarde no exagera como la nueva escuela, pero sí creó conveniente que los jueces criminales cursen en las cárceles una especie de clínica, y uno de los Congresos Antropológicos llega á esa misma conclusión, aconsejando á los estudiantes de derecho penal que hagan visitas constantes á los establecimientos carcelarios y formen parte de una asociación de patronato, recomendación de indisputable utilidad que felizmente despertaría el deseo de estudiar los procedimientos de la nueva escuela italiana, que tanto ha examinado la penalidad.

La separación de las magistraturas civil y criminal es otra forma útil, pues la variedad de conocimientos que cada una exige, requiere una consagración especial que es suficiente garantía de acierto. El axioma de la división del trabajo aplicado á esta materia, daría mayor seguridad á los fallos y además el despacho de los asuntos se haría en menos tiempo, cosas ambas en que está muy interesada la sociedad.

El procedimiento aconsejado tiende á buscar los caracteres del sistema inquisitivo que es de por sí tan odioso y se presta á tantos abusos: en él se convierte al juez en parte interesada y como á él es

á quien corresponde acumular las pruebas, practicar todas las diligencias, va, puede decirse, con su fallo ya formulado. Se aducen los vicios que tiene el sistema acusatorio; pero no se fijan en que el debate público, la amplitud de la acusación, la garantía de la defensa y la intervención del público, forman un contrapeso á cualquier abuso. Desde el siglo pasado desaparecieron las encontradas exigencias de ambos sistemas y en muchas partes lo que se denomina juicio informativo, es secreto y el plenario es público; pero hoy se tiende más al sistema acusativo; porque efectivamente en él se encuentra más garantizada la libertad y quizá la justicia tenga más campo en que brillar.

Ha sido motivo de crítica el permitir que en la instrucción del proceso intervenga el reo; pero debe atenderse que ésta lleva en mira conceder todos los medios, para ejercer un derecho tan sagrado como es el de la defensa.

Quiere Garofalo suprimir la defensa en los casos de flagrancia; pero á la simple vista aparece un verdadero procedimiento tiránico en privar al criminal de aducir todas las razones que encuentre en su descargo, y sería muy peligroso no oír al reo á quien se sorprendiera en flagrancia. Mr. Tarde no sostiene tan aventurada opinión; pero si extiende sus estudios respecto al grado de convicción que debe tener un juez para absolver ó condenar. "A fuerza de oscilar de una opinión á otra, dice, su espíritu se cansa: un acto de voluntad interviene en medio de esas oscilaciones ya decreciendo y con la mayor buena fé del mundo el juez se creó mucho más enterado que lo estaba un segundo antes. Sin embargo la estabilidad de este equilibrio íntimo se obtiene por grados muy variables de convicción: una

convicción débil, sostenida por una decisión firme, produce un fijeza tan grande como una fuerte convicción unida á una decisión floja." El notable criminalista no pide un grado especial de convicción, y sus estudios tan sólo tienden á que para las decisiones no se conforme el ánimo á un simple conocimiento, expuesto á sufrir muchas equivocaciones.

A la institución del Jurado le hace críticas muy justas Mr. Tarde, ya en lo relativo á los escasos conocimientos que en materia jurídica poseen los individuos que la componen, en quienes se buscan tan pocas cualidades que están sujetos á constantes equivocaciones, lo mismo que la versatilidad que presentan y las inconsecuencias en que á cada paso incurren; pero él agrega que la única causa para sostener dicha institución es la dificultad de reemplazarla. La penalidad afirma que al principio fue expiatoria, luego intimidatoria y ejemplar (enrodamiento, descuartizamiento) después suave y correccional con el Jurado. El doctor Lombroso, comentando estas palabras, dice: ¡Qué será cuando al Jurado lo reemplace la pericia científica!

En la actualidad los estudios antropológicos y sociológicos están á la orden del día y mucho se cuidan distinguidos sabios de llegar á una solución, en que al mismo tiempo la sociedad se encuentre garantizada y el individuo goce de sus derechos más caros.

El desarrollo de la civilización y el incansable trabajo de los sabios llegarán tal vez á encontrar otras teorías más científicas, otras conclusiones más acertadas; pero en la historia de los estudios penales se conservará entre justos elogios el recuerdo de la asidua labor de Lombroso, Tarde, Ferri, Garofalo y tantos otros sabios que han con-

sagrado sus talentos á dar la resolución de cuestiones tan graves, como las que se refieren al orden y concierto de la humanidad, que busca su perfeccionamiento en los caminos del progreso y al amparo del derecho.

VICTOR JÉREZ.

San Salvador, 4 de Septiembre de 1894.

A LA MUJER.

(FRAGMENTOS.)

I

Es pobre la lira mía,
humilde mi pensamiento,
y tosco mi sentimiento,
y torpe mi fantasía,
para elevar este día
las endechas de mi canto
al dulce sér cuyo encanto
convierte la tierra en cielo,
de nuestras penas consuelo
y alivio de nuestro llanto.

II

Si me falta inspiración,
rayo de luz me ilumina;
sacro fuego que germina
dentro de mi corazón;
dulcísima vibración
de un ser que alienta animoso
al conjuro cariñoso
de una esposa idolatrada,
y de una madre adorada
ante el recuerdo amoroso.

III

¡Mujer! Palabra bendita
que al-ja dudas y agravios,
que santifica los labios
cuando en los labios palpita;
frase que parece escrita
dentro de los corazones,
que late entre inspiraciones
y entre inspiraciones brota,
un sentimiento, una nota
de armónicas vibraciones.

IV

De Dios la sublime ciencia,
cuna del saber profundo,
hizo de la nada el mundo

mostrando su omnipotencia.
Dio á las estrellas fulgencia,
al sol le dio resplandores,
dio su perfume á las flores,
sus espumas á los mares,
y á los vientos los cantares
del amor de sus amores.

V

Reflejada su grandeza
vio en prado, selva y colina;
que á su palabra divina
surgió la Naturaleza.
Corona á tanta belleza
quiso un instante obtener,
y meditando en un sér
tan celestial como humano,
rasgó el misterioso arcano
y dio vida á la mujer.

VI

Adán, triste contemplaba
á la avecilla parlera
que de tierna compañera
las caricias disfrutaba;
la fiera que se amansaba
ante el halago amoroso;
y al agitarse envidioso
hallar nuevo goce quiso,
soñando otro paraíso
más completo y más hermoso.

VII

Sin la mujer, nuestra vida
fuera un inmenso desierto,
nave sin timón ni puerto
donde encontrar su guarida.
Ilusión desvanecida,
sol sin luz ni resplandores,
vergel sin aguas ni flores,
existencia sin infancia,
primavera sin fragancia
y corazón sin amores.

VIII

Que es ella luz y color,
destello que el alma hiere,
aurora que nunca muere,
encarnación del amor,
nube que ahuyenta el dolor,
queja que del pecho brota,
arpegio, murmullo, nota,
cadencia que el viento lleva,
brisa que al cielo se eleva,
beso que en el cielo flota.

IX

No es posible comprender
á la luz de la razón,
ni mujer sin corazón

ni corazón sin mujer.
Conceptos vienen á ser
ambos en esencia iguales,
pues guardan ricos caudales
de esperanzas halagüeñas,
de bienandanzas risueñas
y de dulces idèales.

X

Quien á la mujer profana
ó á la mujer no venera,
pertenecer no debiera
á la gran familia humana;
contra sí mismo se afana
y cual cobarde suicida
se abre á sí propio la herida
al escupir su veneno
contra quien le dio en su seno
calor, y cariño y vida.

XI

¡Madre! ¿Cómo he de olvidar
que en las batallas del mundo
fue tu cariño profundo
mi escudo y mi valladar;
que me has enseñado á amar,
á ser bueno, á combatir,
á creer, á resistir
nubes de amargura y llanto,
á ser fuerte ante el quebranto
y altivo ante el porvenir?

XII

Perdóname, madre mía,
si en alas de mi cariño
á mis memorias de niño
se eleva mi fantasía:
si recuerdo la alegría
que en mi pobre hogar sentí
y el amante frenesí,
fuente de inmensas delicias
que tesoros de caricias
reservaba para tí.

XIII

XIV

¡Mujer! perdona mi canto
y perdona si un momento
mi mesquino pensamiento
hasta tu cielo levanto.
Si mezeló tu nombre santo
á los ecos de mi lira,
si un corazón que te admira
se une al himno de tu gloria,

y se inspira en tu memoria
y en tu grandeza se inspira.

NARCISO DIAZ DE ESCOBAR.

VICTIMAS INOCENTES.

Leyenda dedicada á los ilustres miembros de la Sociedad Científico-Literaria "La Juventud Salvadoreña", por su modesta autora,

Vicenta Laparra de la Cerda.

(Conclusión.)

VII

El crepúsculo vespertino daba al horizonte ese tinte melancólico que tanto inspira á los poetas. Las sombras de la noche, luchaban con la vacilante luz de la tarde moribunda, que declarándose vencida escondíase en el ocaso. Las estrellas comenzaban á bordar el espacio azul, y la pálida luna plateaba la tierra con sus blancos destellos.

Julia lloraba amargamente hablando de la muerte de su querida madre, y Osbaldo la consolaba prodigándola palabras tiernas.

—No llores, ángel mío!—decía el canalla con acento apasionado:—es verdad que la pérdida de la madre es irreparable; pero ¡yo te amo más que nunca! ¡te lo juro por mi honor!

—¿Amarme tú?—preguntó Julia sorprendida.

—Amarte con toda mi alma! No puedo negar que tuve mis extravíos; pero los lamento y arrepentido de mis pasadas locuras imploro tu perdón; ¿me lo concederás, vida mía?

La joven, por toda respuesta, exhaló un profundo suspiro, fijando sus bellos ojos en el rostro del calavera.

—¡Ah!—exclamó él:—¡esa dulce mirada me indica que estoy absuelto! ¡No es verdad, Julia, que me abres las puertas del paraíso que estaba cerrado para mí, como el cielo está cerrado para el ángel rebelde?

Julia no respondía; lloraba á torrentes, pero sus lágrimas no eran tan amargas.

La esperanza hacía palpitar su corazón de niña, y la ilusión, con todos sus encantos, la transportaba *in mente* á un edén de amor y de ventura.

¡Qué dulce es la esperanza! ¡qué hermosa la ilusión!

Cuando en medio de las tempestades que combaten el espíritu, hay algo que nos hace esperar, algo que nos dice:—la felicidad que creías muerta, vive aún,—el alma se adormece en brazos del consuelo; los pasados dolores se olvidan, y entonces se llora; pero esas lágrimas son como las gotas de rocío que embellecen las flores; esas lágrimas no se parecen al llanto de la desesperación, y al rodar por las mejillas, reaniman la existencia que estaba próxima á sucumbir.

¡Felices los que esperan! ¡Desgraciados los que han perdido toda ilusión!

La bella esposa de Cancino comenzaba á esperar, y á despecho de sus negros pesares, pensaba que la dicha no había muerto para ella; pero la duda, ese monstruo que se enrosca en el corazón y le desfiembra, levantaba en su alma su repugnante cabeza, y la hacía pensar que todo aquello era un sueño. Entonces descendía del cielo á donde la llevara la ilusión; tocaba la realidad de los hechos pasados, y suspiraba fijando sus negros ojos en el hermoso rostro de Osbaldo. Y él la veía amoroso, y la decía palabras tiernas y arrebatadoras; y se arrastraba á sus piés implorando el perdón de sus faltas, y ¡ella le

amaba tanto! ¡y la ilusión era tan seductora! y la duda escondíase un instante y volvía más negra. Y la joven fluctuando entre dos sentimientos contrarios, exclamó por fin:

—¡Ay, Osbaldo! ¡sería una crueldad que me engañases de nuevo! Tú sabes que eres mi único amor, y ¡no puedes comprender lo que me has hecho sufrir! Cuando la mujer ama como yo; cuando al pronunciar el nombre de su esposo cree que tiene miel en los labios y le parece que pronuncia el nombre de un dios; cuando no tiene más mundo que su hogar ni más aspiración que la de hacer feliz al objeto amado; cuando al unirse á ese objeto por quien diera la vida, fíjase que sus dos almas se funden en un solo sentimiento y forman una sola, el abandono del hombre que se ama ¡es tan triste! la separación de esas dos almas que se unieron ante el Creador es tan cruel para la esposa, y la pérdida de la ilusión es tan amarga, que le puede causar la muerte. Y todos esos dolores los sufrí yo en silencio. Dios, sin duda compadecido de mis congojas, me dio una hija que es la dulce compensación de mis dolores. ¡Déjame vivir para ella! no vuelvas á elevarme al cielo de las ilusiones, para hundirme después en el infierno del desengaño, porque ya no podría resistir ese dolor.

—¡Eso no sucederá, Julia mía! ¡Te juro por lo que hay de más sagrado que te adoro más que nunca, y que, á pesar de los reveses de la fortuna, el amor nos hará felices.

—¡Ah! si fuere cierto lo que me aseguras, bendeciría yo la pobreza que te vuelve á mi lado.

—Pues no lo dudes, amor mío; porque la mezquindad con que se han portado en mi situación actual, los que yo creía mis amigos,

me ha hecho comprender que no existe más que un amor verdadero: el de la familia; Y, hoy por hoy, sólo viviré para tí y para mi hija. Para vosotras trabajaré y para vosotras seré honrado.

—¡Bendito seas, Osbaldo de mi alma!—exclamó Julia:—¡bendito seas, porque me devuelves la dicha!

—Sí; seremos felices, porque el amor y el trabajo suavizarán nuestras penas. Ahora vamos á comer, Y á tomarnos en paz y en gracia de Dios esta botella de vino que compré al venir. Perdóname este dispendio, ángel mío!: sé que no podemos gastar ni un centavo en lo superfluo careciendo de lo necesario; pero ya ves... es preciso celebrar mi regeneración echando una cana al aire. Conque ¡vamos al comedor!

—Vamos,—dijo Julia. Y dirigiéndose á la nodriza de Clotilde, que en ese instante entraba con la niña dormida en sus brazos, la suplicó que no la dejara sola en la cuna.

Osbaldo, con la más fina galantería, ofreció el brazo á su esposa, cogió la botella que había dejado sobre el velador, y los jóvenes se fueron á comer.

Como no había más que una criada, la nodriza, Julia tenía que levantarse, ir á la cocina y alcanzar los platos, y la primera vez que salió del comedor, Osbaldo llenó dos copas de vino y vertió una buena dosis de cloral en la que destinaba á su esposa, y al ver entrar á la joven, la sentó á su lado y exclamó:

—¡Oh, qué grata es la vida conyugal, cuando se tiene por compañera un ángel como tú! Toma á mi salud, vida mía, que yo tomaré por tí.

VIII

Una hora después, Julia dormía

profundamente, acostada en un sofá. Osbaldo, con el fin de quitarle las llaves, que la joven siempre llevaba prendidas en la cintura, y poder registrar el armario de Marta, la había narcotizado.

Desgraciadamente, el miserable tocó por casualidad el resorte del *secret*, abrióse la gaveta, y estuvo á punto de exhalar un grito al verla llena de estuches forrados en terciopelo y de distintos tamaños. Con la mayor premura desocupó las cajitas, embolsóse las joyas, cerró el armario, y se largó á la calle pensando:

—Pues señor, mi mujer no es tan buena como parece: eso de tener un tesoro escondido sin decirme ni una sola palabra sobre el particular, provoca mi justo enojo, y mi venganza se la dará cumplida. Comenzaré por obsequiar á Lilia el aderezo de perlas, y así, mato dos pájaros de una pedrada: me vengo de Julia y desbancaré al mejicano, que, dicho sea de paso, es un rival temible por lo rumboso.

Pensando así, llegó á la puerta de un hotel que bien se pudiera llamar centro de corrupción; porque, á más de tener un salón reservado, cuya puerta siempre estaba cerrada, y sólo se abría cuando algún tabur de pura sangre llamaba de cierto modo particular, lo cual indica que allí se infringía la ley juzgando á los dados y á los naipes, era el hotel donde se hospedaban varias bailarinas endiabladas, que habían caído en mi tierra como una plaga, que cometían escándalos que hacían temblar el mundo; que representaban en su domicilio, dramas titulados: "*Amor, celos y botellas*"; que tenían en las uñas, armas ofensivas y defensivas que propinaban sendos hazañosos á los piratas callejeros, y que tenían trastornados á chicos entusiastas por las piruetas.

Osbaldo colose de rondón al cuar-

to de Lila, que le había tratado con un poco de esquivéz, dando la preferéncia al mejicano rumboso; pero la sirena, al ver las gruesas y hermosas perlas que tan bendito galán puso en sus manos, colgóse del cuello del tenorio exclamando:

¡Dolce pensiero! ¡mío caro amore!

En ese instante, el primer bailarín seguido de diez grácias chicas, que pertenecían al cuerpo de baile, entró al cuarto diciendo:

—¡Al Coliseo, Lila! al Coliseo, que ya es hora de la función.

—*¡Saste candela!*—exclamó la Lila, haciendo piruetas y zapateando de cólera.

—Cuando regresés del teatro, le obsequiaré una cena, amada mía,—dijo Osbaldo.

—*¡Tuto egoya, tuto efeta!*—Gritaron á coro las bailarinas, y Lila añadió:

—*¡Di piacer mi balza il con! A Dio, mio caro amico!*

Y se largó con sus compañeras, que iban charlando como una parvada de cotorras, y Osbaldo se dirigió al salón de juegos prohibidos.

Llamó á la puerta del modo convenido entre los tahures; abriéronle, entró, y vió con placer que se jugaban grandes cantidades de dinero, y que su rival, el mejicano rumboso, servía de banquero.

—Bueno—pensó;—ahora me pagarás todas las que me debes. En el amor, ya te vencí por medio de las perlas, y en el juego, tomaré la revancha; y con los dados que traigo á prevención, recobraré las crecidas sumas de pesos que me has ganado.

Pensando de ese modo, acercóse á la mesa y puso sobre ella las joyas que le robara á Julia, saludando al mismo tiempo á los jugadores, de los cuales fue muy bien recibido, porque llevaba magníficas prendas que perder.

—¿Juega usted esos brillantes; señor Cancino?—preguntó el banquero.

—Para eso los traigo—contestó el interpelado:—pero antes quiero que se valúen.

—Es justo—repuso el de la banca.

Las joyas fueron valuadas en once mil quinientos duros, y todos, con los ojos chispeantes de codicia, preparáronse á comenzar la partida.

—¿Juega usted á todo trapo, ó en limpio?—preguntó el banquero.

—En limpio—respondió Osbaldo, parando un anillo de brillantes contra cincuenta pesos. Tiró los dados y echó cuatros.

Paró un prendedor, y perdió también; pero como se había propuesto restaurar su fortuna en el tapete verde y sin reparar en los medios, con la ligereza de un hábil prestidigitador cambió los dados con que jugaba por otros que sacó del bolsillo de su pantalón, y haciendo de las joyas tres porciones dijo:

—Paro, pinto y por si son, y de ambas pago á todos.

—Pago—respondieron el mejicano y demás jugadores. Tiró el banquero y perdió.

Osbaldo sacudió el *cuchumbo*; y echó treses.

—Gané—dijo, queriendo recoger los dados; pero el banquero ya los tenía en la mano y los examinaba, sonriendo de una manera que enfriaba la sangre en las venas.

—Sí, don Osbaldo,—respondió por fin, y poniéndose en pie añadió:—sí; ha jugado usted con una suerte admirable, y nos ha ganado treinta mil duros; pero como habíamos quedado en jugar limpio, y usted echó el dado prieto, yo pago de éste modo á los fulleros que emplean el fraude para jugar conmigo.

Y el banquero, uniendo la acción á la palabra, arrojó los dados á la cara de Osbaldo, y gritó:—¡ahora miserable ladrón, mándeme usted sus padrinos! Vivo en este hotel!

Entonces hubo la de San Quintín.

Los que rodeaban la mesa pusieron en pie de un salto y retiraron las sillas; pero sin soltar el respaldo, como si se preparasen á lanzarlas sobre el primero que intentara buscarles camorra.

Osbaldo, ebrio de ira, gritó:— ¡No tengo necesidad de padrinos, para beber la sangre del menguado que osa insultarme!

Y desprendiéndose un agudo puñal del cinto, arrojóse como un tigre hambriento sobre el mejicano, que le esperaba armado de la misma manera, y entre los dos rivales que se odiaban á muerte, porque ambos querían á una misma mujer, trabóse una lucha horrible.

Algunos tahures quisieron meter paz; pero, como el que se mete á redentor sale crucificado, ellos salieron mal trechos y se retiraron á un rincón llevando las narices rotas.

El salón de juego se había convertido en un campo de Agramante. Las cuchilladas y los denuestos de taberna menudeaban, y la sangre corría; porque los contendientes se habían roto la carne.

Los contrincantes bramaban de cólera. La respiración era un resoplido sofocado que inspiraba pavor.

Cancino atacaba con un valor increíble; pero su contrario era más diestro y logró desarmarle hiriéndole el brazo derecho. No por esto desmayó Osbaldo, y echando mano de su revólver, que también llevaba en el cinto, apuntó al pecho de su rival; disparó, y la bala fue á estrellarse en la pared.

El mejicano hizo lo mismo, con

la diferencia de que dió en el blanco.

Cancino vaciló un instante y cayó revolcándose en su propia sangre.

—¡Le mató! ¡Detengámosle!— gritaron los jugadores, y varios de ellos corrieron en pos del asesino, que con mano firme había abierto la puerta del salón; pero que no pudo escaparse, porque también estaba gravemente herido y cayó en el corredor.

Algunos tahures acudieron en auxilio de Osbaldo, y, como á río revuelto, ganancia de pescadores, otros rodearon la mesa de juego, y las joyas y el dinero desaparecieron como por ensalmo.

Un cuarto de hora después, los heridos, en medio de un numeroso grupo de policiales, eran conducidos al Hospital General, y como en el momento en que los sacaban del hotel, las bailarinas regresaban del teatro, lloraron á gritos, al ver salir en aquel estado tan triste, á dos de sus más fervientes adoradores.

—¡*Note tremend!*—¡*terribili nota!*— ¡*Tuta, tuta la mia goya espari!*— Exclamaba Lila retorciéndose los brazos, mesándose los cabellos, zapateando y rasgándose el traje; pero su estrepitoso pesar, no fue obstáculo para que, sin duda por consolarse, aceptara una cena que, á puerta de hotel cerrada, y á *sotto voce*, les obsequió otro galán que parecía por el arte de las piruetas y por los encantos de esas infelices y errantes avecillas, que vuelan y vuelan de nación en nación, hasta perder sus alas y caer en los más hondos abismos de la miseria.

IX

Julia despertó al día siguiente, y fue grande su asombro al verse vestida y al pensar que toda la noche la había pasado echada en el sofá.

El recuerdo de las escenas del día anterior le parecía un sueño, un delirio de su mente, y llena de angustia exclamó:

—¡Dios mío! ¿habré perdido la razón? Aun me parece oír el acento apasionado de mi esposo, que me juraba amor eterno al darme una copa de vino. ¿Me embriagaría yo? ¿Qué vergüenza!

En ese instante llamaron con precisión á la puerta de calle, y un momento después, entró la nodriza trayendo á la niña en brazos y acompañada de un hombre que al ver á Julia, la dijo sin preámbulos ni ambages:

—Señora, si es usted la esposa de don Osbaldo Cancino, véngase conmigo al Hospital General, porque el pobre señor está mal herido y no tardará en morir. Un Padre Paulino, que es un santo, me mandó que viniera á llamarla.

—¡Jesús me ampare!—exclamó Julia, llevándose las manos primero á las sienes y después al pecho donde sintió un agudo y terrible dolor.

La infeliz joven, lívida de espanto, estaba próxima á desmayarse; pero, haciendo un poderoso esfuerzo para no caer al suelo, dijo á la nodriza:

—¡Cuídame á Clotilde, Rosa! ¡voy á ver morir á su padre!

Y la infeliz cubrióse precipitadamente con un pañolón, y con ligero paso se dirigió al Hospital donde la esperaban nuevos y atroces martirios.

Llegó jadeante al punto indicado. El hombre que la guiaba la introdujo á una sala de cirugía donde Osbaldo, tendido en una dura cama, estaba á punto de exhalar el último aliento.

Un Padre Paulino le exhortaba inútilmente para que se reconciliase con Dios, y el buen sacerdote, al ver á Julia, salió á su encuentro y la dijo:

—¡Bien venida sea usted, señora! Dijéronme que el herido es casado, y ansioso de salvar su alma, ordené que la llamasen. ¡Venga usted! á ver si con sus palabras de ternura, puede lograr lo que á mí me es imposible.

—Vamos, señor,—balbuceó Julia estremecida por la congoja.

Acercáronse al enfermo y el sacerdote dijo:

—Hermano, aquí está su esposa que viene á prestarle sus servicios.

—¿Mi esposa?—preguntó Osbaldo con voz enronquecida—: yo no quiero verla; que venga la mujer que adoro, que venga Lila, ese diablo de faldas cortas que me enloquece con sus encantos. . . . ¡Ven, Lila! . . . ¡ven! . . . ¡quiero adornar tu cuello de cisne con las joyas que le robé á Julia.

La triste joven cayó de rodillas al pie de la cama; quiso hablar, no pudo y Cancino siguió delirando del modo siguiente:

—¿Sabes, Lila?, ¿sabes? ¡mi mujer es una imbécil! creyó que la quiero, tomó el vino que la di. . . tenía cloral. . . se durmió, y ¡saz! le robé los brillantes de mi suegra.

—¡Osbaldo! ¡esposo mío!—exclamó Julia:—¡vuelve en tí! ¿no me conoces?

—¿Y quien eres tú?

—¡Soy Julia! ¡la madre de tu hija!

—¡Yo no tengo hija! ¡Agua, agua que me abraso! . . . ¡Juego. . . gané! ¡Lila! ¡bebamos champagne! ¡Oh! ¡qué hermosa te pones cuando te embriagas! Yo no quiero á Julia, sólo puedo amar á las mujeres de fuego, y Julia es de nieve. ¡Ven, Lila! mi corazón es de las *cottes* de París. ¡Viva París y las mujeres *demimond*! . . . ¡Odio á mi esposa, como el prisionero odia su cadena! ¡Ven, Lila, ven!

—Hija mía,—dijo el sacerdote:—retírese usted; no es prudente que escuche lo que dice su esposo.

—Señor,—replicó la joven:—Jesucristo no abandonó la cruz hasta expirar en ella, y yo no debo apartarme de la mía; este es mi puesto.

—¡Es una santa!—exclamó sor Jesús, ferviente Hermana de Caridad.

—Es cristiana de corazón—dijo el sacerdote.

Era la hora de la visita de médicos, y como Julia era persona bastante conocida, doctores y estudiantes, agrupáronse en torno del lecho mortuario, contemplando conmovidos, el intenso dolor de la virtuosa jóven que, sin verter una sola lágrima, porque había derramado tantas que el manantial de su llanto se había secado con el fuego voraz del perpetuo martirio; de Julia, que sin proferir una sola queja oraba en silencio, con las manos cruzadas sobre el pecho, con la boca entreabierta y contraída por la suprema angustia, y con los bellos ojos fijos en el rostro amaratado de su esposo, que seguía insultándola en su delirio, hasta que su voz se fue debilitando, debilitando, convirtiéndose, primero en un murmullo vago é incomprensible, y después en el ronco estertor de la agonía, que duró breves instantes; porque el semblante de Osbaldo contrájose horriblemente; agitó su cuerpo una ligera convulsión; arrojó una bocarada de sangre, y expiró.

—¡Descansa en paz, esposo mío!—exclamó Julia:—me hiciste desgraciada y, ¡te perdono!

—¡Bien, señora! ¡muy bien!—exclamó el sacerdote:—¡Ah! ¡así es cómo se conquista la palma del martirio!

—¡Creo que Dios existe!—exclamó un estudiante:—¡Ah! ¡sólo él puede crear almas tan sublimes!

Julia no escuchó sus elogios; por que había caído desmayada.

—Es preciso sacar de la sala á esta infeliz joven,—dijo el doctor

Melacio:—porque es indispensable llevar al anfiteatro el cadáver del canalla de su marido para hacerle la autopsia.

—¡Morirá el asesino de este hombre, doctor?—preguntó un practicante.

—No, pero es probable que termine su existencia en una prisión; porque, según dice el Ministro mejicano, ese hombre es un perverso, que huyó de su patria porque estaba fuera de la ley.

Sor Jesús y otras Hermanas, levantaron en peso á Julia y la llevaron al locutorio.

Algunas horas después, el cadáver de Cancino era despedazado en el anfiteatro por los doctores y los estudiantes de medicina, que hacen el sacrificio de estudiar en los muertos la manera de curar á los vivos.

Pasaron ocho años. Julia había subido el espinoso calvario por donde los desheredados pueden llegar al cielo.

Cuando quedó sola en el mundo, la rodearon no pocos peligros, porque era joven y hermosa; pero su alma estaba templada en el crisol donde se prueba la verdadera virtud, y los infames que á ella se acercaron ofreciéndola protección comprada á precio vil, tuvieron que confesar que el alma existe, y que la virtud es su aroma; aroma celestial que disipa los miasmas deletéreos exhalados por los corazones corrompidos en las cloacas del vicio.

Julia se hizo respetar hasta de los hombres más perversos, y supo luchar con el infortunio y salir invicible de los abismos de la miseria, á donde la arrojara la depravación de su esposo, que por toda herencia la dejó la desnudez y el hambre.

Escondida en la sombra, como un astro que se oculta tras densos nubarrones, habitaba con su pequeña Clotilde una casita situada

en las inmediaciones del cerrito de *El Carmen*, que le costaba cinco pesos de arrendamiento, y que no tenía más que una pieza desmantelada con puertas á la calle y una cocina. Y allí devoraba en silencio y con dulce resignación todas las congojas, todos los desprecios y todas las humillaciones que sufre el que no tiene siquiera sea lo necesario para no morir de angustia. Trabajaba noche y día para ganar dos ó tres reales, y ¡cuánto se afanaba la infeliz, para alimentar á su hija, con el escaso producto de su asiduo y constante trabajo.

Clotilde contaba nueve años de edad; era ¡muy bella!; pero extremadamente débil y raquítica, por que la pobre niña estaba nutrida con lágrimas. Su infeliz madre no pudo seguir pagando treinta pesos mensuales á su nodriza, y la infame mujer la dejó expuesta á morir de consunción, cuando apenas tenía seis meses de nacida. La hermosa niña era un capullo de lirio que podía troncharse al más ligero choque. El hilo de su existencia podía romperse con el soplo de un suspiro.

Julia era la única educacionista de su hija, y las dos vivían en completo aislamiento; porque las gentes huyen del pobre, como de un apestado.....

La madre velaba cosiendo á la ténue y vacilante luz de una vela de sebo, y la hija dormía ese sueño intranquilo de las personas enfermizas, que entornan los ojos y los ponen en blanco cuando duermen.

¡Qué vida tan triste la de Julia! La única persona que no la había desamparado en su desgracia, era Clara Mendoza. Las jóvenes habían sido compañeras de colegio, y las unía el precioso vínculo de la verdadera amistad.

Tantos padecimientos, causaron á nuestra heroína una de esas en-

fermedades que si no postran al doliente en la cama, lo pueden matar en el momento menos pensado. Julia tenía hipertrofiado el corazón; pero nadie, y ni ella misma lo sabía.

Llegó el mes de mayo con sus brisas y sus flores perfumadas, y Clara, de acuerdo con Julia, dispusieron que Clotilde hiciera su primera comunión en la fiesta de las Hijas de María, que tan pomposamente celébrase en el hermoso templo de la Merced.

—Tú preparas á Clotilde para que reciba bien al Divino Esposo, y yo le doy el traje blanco. ¿Quieres?—dijo Clara.

—¡Quién lo duda, amiga mía!—respondió Julia.

—Entonces, me voy á disponerlo todo; porque ¿sabes? son treinta niñas de primera comunión las que tengo que llevar ese día á la solemne ceremonia. De seguro que Clotilde será la más linda y la mejor preparada, porque la preparas tú.

Despidióse Clara, y Julia, queriendo formar en el corazón de su hija un pequeño cielo, para que la niña recibiese en él á Dios, comenzó su grata misión hablando de Jesús á su pequeña Clotilde, con la dulzura que solamente las buenas madres tienen en su acento cuando conversan con sus hijos.

Llegó el gran día. Clotilde, vestida con su traje blanco y vaporoso, se fue al templo en compañía de Clara y de un numeroso grupo de chiquillas, y Julia se fue tras ellas sin querer acortar la distancia; porque encubría su gallardo cuerpo con un traje limpio, pero muy remendado, y con un pañolón de lana desteñido.

Así llegó á la Merced, y Julia procuró recibir la Sagrada Eucaristía antes de la comunión general de niñas, para tener tiempo de

volver á su casa, á preparar el desayuno de Clotilde.

Nuestra bella joven oyó misa, comulgó y se quedó dando gracias. En ese instante una brillante orquesta, llenó de armonías las góticas bóvedas del suntuoso templo, y Julia, escuchando aquellas dulces cadencias y aspirando con fruición el aroma de las flores y del incienso, sentía que su débil sér llegaba en rápido vuelo á los umbrales de la eterna Sión, y ¡qué dulce arrobamiento el suyo! ¡qué delirios! ¡qué mística embriaguez la que gozaba! Un hombre le había negado su amor, y Dios abrazaba su alma purísima, en la ferviente llama del amor divino.

Grandes eran las delicias que Julia disfrutaba en aquel instante; pero como para ella el deber era lo primero, al ver que había comenzado la comunión de niñas, recordó que tenía que ir á su casa á preparar el desayuno de su hija, y pronto púsose en pie, hizo una profunda reverencia y salió del templo.

Al llegar á la calle, sintió que la tierra se hundía bajo sus pies; le zumbaron los oídos, el corazón le palpitó con violencia y de un modo intermitente, como si quisiera romper las paredes de su oprimido pecho, y respiró con ansia; porque faltaba aire á sus pulmones.

Andando lentamente llegó por fin á su casa; quiso cerrar la puerta y no pudo, porque se agotaron sus fuerzas, y, casi exánime, dejóse caer en una silla poltrona sumamente usada, último resto de su pasada opulencia.

—¡Dios mío!—exclamó con débil acento:—¡siento que voy á morir!.. ¡mi existencia es una luz que se extingue!.. ¡Hija de mi alma!.. ¡me voy sin volver á verte!.. ¡Señor, ten piedad de nosotras!.. ¡Ve la por mi hija!.. y ¡recibe en tus

manos el espíritu de su infeliz madre!

Y la joven dejó caer los brazos á lo largo de su cuerpo; fijó en el vacío sus ojos, inmóviles ya y desmesuradamente abiertos, y bañó su rostro un sudor frío como un vapor de tumba entreabierta. En su semblante densamente pálido, se extendían los tintes sombríos de la muerte, y á pesar de todo Julia estaba muy bella: parecía la imagen de una Virgen dolorosa, y su agonía no tenía nada que inspirara pavor.

En ese estado estaba nuestra heroína, cuando Clara, seguida de treinta niñas de primera comunión, que parecían un grupo de blancas palomas, entró á la pobre casa de Clotilde, quien exhaló un grito doloroso y desgarrador, al ver que su madre estaba expirando.

La triste hija de Osbaldo Cancino corrió al lado de su madre, y queriendo reanimarla con el calor de sus caricias, la estrechó en sus brazos, y comenzó á besar su rostro y sus manos, salpicando con el llanto de sus bellos ojos el inerme cuerpo de la moribunda.

Clara y las niñas habíanse arrodillado y rezaban las oraciones que se aplican á los agonizantes; y Clotilde palpando á su madre, exclamaba:

—¡Mamaíta! ¡mamaíta de mi alma! ¡No te mueras! ¡no te mueras! ¡Ay! ¡que hará sin ti, tu pobre Clotilde!

Julia hizo un poderoso esfuerzo, y con voz apenas perceptible balbuceó:

—Allá... en el cielo... nos jun....

Ya no pudo concluir la frase, porque la muerte extinguió su acento, y borró su nombre del libro de los vivos.....

Clotilde cayó de hinojos exclamando:

—¡Dios grande! ¡Dios bueno que estás en mi corazón! ¡si te llevas á

mi madre, llévame á mí también
¡no quiero quedarme sola, solita!
¡no quiero!..no quiero! no!

Y la desolada virgen apoyó su
preciosa y lánguida cabeza, nim-
bada de azahares, en las rodillas de
su madre infeliz.

Sin duda Dios escuchó propicio
la plegaria que brotó de sus labios,
como el perfume brota de las flores;
porque cuando Clara fue á levantarla,
la hermosa niña estaba muerta.

¡Era tan débil Clotilde! Su pa-
dre la dejó por toda herencia el
hambre. Su existencia pendía de
un hilo que el más leve soplo podía
romper. Era un tierno botón de
lirio, y al desprenderle del tallo,
quedó sin vida.

Las almas de las víctimas ino-
centes de Cancino volaron al cie-
lo, á engrosar los coros de ángeles,
que en ese instante cantaban las
glorias de María.

¡Paz á sus restos! ¡Compasión
para su cruel verdugo!

FIN.

MARMOL.

No importa! Si es estatua, si no tiene
Ni corazón, ni sentimiento, ni alma,
Haré, pues, de mi amor, idolatría.....
¡Adoraré la estatua!

ISAÍAS GAMBOA.

1894.

POR LA MUJER.

*¿Pues para qué os indignáis
De la culpa que tenéis?
Querédlas cual las hacéis
O hacédlas cual las buscáis.*

[Copiado.]

Casi siempre á la mujer
Trata el hombre de humillar
Y no cesa de exclamar
Que cumple con su deber.

Del sexo débil he sido
Siempre fiel admirador,
Y por eso con fervor
Mil veces lo he defendido.

No extrañe, pues, á ninguno
Que hoy pruebe yo lo afirmado,
Por más que haya algún casado
Que lo crea inoportuno.

Y no pretendo decir
Que las buenas sean tantas;
¡Pero hay mujeres tan santas
Que no merecen sufrir!

Busca el hombre á la mujer,
Y al conseguir lo que ansiaba,
La mira como una esclava
Y la deja de querer.

Ella, amorosa, sonriente,
Al hombre quiere agradar,
Pero él le suele pagar
Mostrándose indiferente.

Tan villano proceder
No es digno del sexo fuerte,
Siendo dueño, hasta la muerte,
Del amor de la mujer.

Ella, con plácido anhelo,
Nuestros pesares mitiga
Y amorosa nos prodiga
Su ternura y su consuelo,

Ella llora si sufrimos,
Si gozamos ella goza,
Y ni un instante reposa
Si algunos males sentimos.

¡Y que el hombre la maltrate
Sin abrigar compasión!
¡Y que su furia de león
Sobre la infeliz desate!

Eso no es digno del hombre,
Porque debe comprender
Que nació de una mujer:
Su madre ¡sublime nombre!

Bien está que á las mujeres
Que á sus maridos ofendan,
Estos después las reprendan
Sin olvidar sus deberes.

Muchas veces ellos son
Que, con hechos detestables,
Les enseñan ¡miserables!
Marchar á la perdición.

Y después todos se empeñan
En ultrajarías, sia ver
Que si peca la mujer
Es porque á pecar la enseñan.

Maridos que allá en el templo
Jurásteis promesas tantas,
Si queréis mujeres santas
Jamás les déis mal ejemplo.

JOSÉ MARÍA GOMAR.

San Salvador.

EL CULTO A LA IDEA

Hay en las sociedades dos fuerzas que luchan en sentido opuesto. La una está representada por la parte consciente de ellas, y la otra, por la parte inconsciente; es decir, por los ruines, por los fatuos y pordioseros de ideas. La primera, busca la luz, y en su incansable anhelo, se eleva vencedora sobre el nivel de lo común. La segunda, no busca nada si no es el desorden, la anarquía, el caos. Quiere sombras y rinde pleito homenaje á la noche; quiere corrupción, perversidad y adora ciegamente los vicios, y en su furia de reptil, arroja inmunda saliva á la virtud. Enemiga absoluta de la inteligencia, no consiente ni transige jamás porque se la ilustre; enemiga del pueblo, enemiga de la libertad, del derecho, de la justicia; torpe, cínica, quema incienso á los pies de los verdugos: es esclava de la tiranía.

La primera, lleva por guía la razón y la conciencia; es decir, es pensadora y es justa. La segunda, lleva por estandarte el retroceso, el mal en sus diversas manifestaciones.

Esta dualidad visible, palpable y constante, es ley que rige en todas las cosas.

Los astros que ruedan en el vacío obedecen, en su movilidad ince-

sante, á dos fuerzas contrarias: la centrífuga y la centrípeta. La una, tiende á lanzarlos fuera de la órbita que describen al rededor de su centro de atracción; y la otra tira á acercarlos al centro mismo, hasta precipitarlos en él. Pero estas fuerzas, á cierta distancia é intensidad, se equilibran y determinan las órbitas de esos mundos en la bóveda celeste.

En los cuerpos existe la misma ley; y de ahí que unos sean sólidos, por el predominio de la fuerza de atracción sobre la de repulsión; otros, líquidos, por el equilibrio absoluto de ambas fuerzas, y otros, gaseosos, por el predominio de la fuerza repulsora sobre la de atracción.

En el orden social sucede lo que en la naturaleza; pero con distintos fines y efectos. En ésta, esas fuerzas obran para mantener la constante armonía del Universo; en aquél, esas fuerzas obran para destruir esta armonía, la que no podrá existir nunca. En la naturaleza hay variedad sistemada, enlazada, formando una escala infinita de órdenes, todos bajo la influencia de unas mismas leyes, y constituyendo, á la vez, una ley: la perpetua evolución de lo creado.

En las sociedades sucede otra cosa. El egoísmo, la envidia descarada, la hipocresía, la corrupción, la perversidad solapada, la avaricia cubierta con los ropajes de la caridad, la soberbia disfrazada de humildad, la lujuria con careta, falseada por las aparentes restricciones de la castidad, la calumnia, el deshonor, eso y todo lo que hunde y mancha en el pútrido lodo de la infamia, forman la inmensa corriente que arrastra, precipitada, á la humanidad al borde del negro é insondable abismo.

A despecho de estos espíritus raquíticos y mezquinos, como que nacieron, crecieron y se desarrolla-

ron bajo la sombra eterna de las pasiones innobles, el hombre triunfa. Y aquí es ocasión de advertir que decimos hombre cuando hablamos del sér consciente, libre, pensador, cuyo cerebro es foco de irradiaciones, que cede al influjo misterioso de la idea; y no del sér máquina, bestia humana que pudiéramos llamar. No. Ese es el macho de la especie; él no representa ningún valor en la obra grandiosa del progreso humano. El Verbo divino sólo encarna en el hombre. Sólo éste lo concibe, lo admira y lo adora.

Y esa lucha portentosa de la razón, sangrienta en la mayoría de los casos, cuesta muy cara á la humanidad. Individuos, familias, sociedades, pueblos enteros, en todos los tiempos, han sentido caer sobre sus cabezas el golpe mortal del despotismo descargado por la pesada mano de los Césares de las conciencias y de las ideas. Allí está España que lo recuerda resentida y avergonzada. Allí está Roma que también lo ha sufrido y lo sabe. Allí está Francia, el pueblo héroe del antiguo mundo que con Napoleón I es águila de la guerra: ella lo sufrió como la España y la Roma de la Edad Media; sólo que su temperamento no era para inclinar la frente al peso abrumador del absolutismo, y en un momento de cólera indomable, sacudió su melena ensangrentada y derribó de un sólo golpe el viejo edificio de la tradición y proclamó los sagrados derechos del hombre. Entonces, empezó á clarear sobre la faz del mundo. Amanecía para la inteligencia. El sol de la libertad iluminó todos los corazones y todos los espíritus.

Hay ruinas.

Ruinas que sobrecogen de asombro y de temor inexplicables. El alma siente frías convulsiones; pero el pensamiento vuela engrande-

cido por la victoria, en medio de los prolongados rumores que produce el derrumbamiento de la obra sombría de una edad fatal. En el templo de la religión, tocan las campanas á muerto; en el templo de la libertad y del derecho, tocan las campanas á fiestas.

El pensamiento ya es rey. Ya es la sublime encarnación del progreso. Es él el que triunfa y el que rige ahora los destinos de los pueblos, convertido en forma y representado y desarrollado por el hombre.

¿Qué es vivir? Vivir es pensar, es crear, y es el espíritu el que piensa y crea. Mientras el individuo no cumple con esta sabia ley de la naturaleza humana, no vive; vegeta. Desciende del puesto que se le ha señalado en la gerarquía sin fin de los seres.

La fuerza vencedora de las innumerables vallas que el sectarismo estúpido y malicioso opone á la corriente del adelanto, es la fuerza de las ideas clareadas y conducidas por el raciocinio que purifica y eleva las doctrinas y tendencias del hombre.

El físico, el químico, el astrónomo, el escritor, el poeta, el filólogo, etc, etc., piensan, meditan, viven. ¿Sueñan? Tal vez; pero sus sueños son, al cabo, bellas y maravillosas realidades.

¿Acaso soñar es un pasa-tiempo, una holgazanería? ¿O se tiene en muy poca cosa el ser un soñador? En países cultos, en donde se aprecia en lo que vale el esfuerzo de la inteligencia, se considera como el más grande y valioso mérito, como que es un dón especial, llegar á la fila de los soñadores ó, lo que es lo mismo, á la fila de los escogidos de Dios, de los genios.

De otro modo no se explicaría el por qué veneramos á un Descartes, á un Sócrates, á un Colón, á un Garibaldi, á un Fulton, á un Víc-

tor Hugo, á un Bolívar, á un Franklin, y sobre todos, á un justo, redentor de la humanidad: Jesús-Cristo.

Ah! las obras portentosas que éstos y otros genios—soñadores—realizaron bastan, de sobra, para callar la soberbia y altanería de los miopes que desprecian, porque no comprenden, el mérito á que son acreedores los egregios paladines de los ideales que constituyen las más nobles y ardientes aspiraciones de los pueblos.

¿Hay que demostrar que la humanidad se perfecciona á medida que transurren los siglos? ¿No es una verdad evidente que el mundo marcha? Oh, sí! Pelletan, el sublime Pelletan lo ha demostrado en una sola figura luminosa: en Lamartine. Lamartine es una prueba irrecusable de que el hombre—y con él la humanidad—progresaba y realiza sus sueños, por más que el insigne poeta francés, contradiciendo lo que él mismo ha hecho con el poder de su numen, haya pensado y afirmado lo contrario.

El mundo marcha.

Vosotros los incrédulos, los opositores sistemáticos, los que os atrevéis con audacia de insensatos á llamar utopistas á los que luchan por el triunfo de las grandes causas, á los enamorados de la libertad, á los que, amparados por el derecho, tienen fé en el imperio de la justicia; vosotros, digo, retroceded unos cuatro siglos y preguntad á Colón qué piensa del mundo, y os dirá, desde luego, que está incompleto y que él puede, de acuerdo con las ideas de otro soñador eminente—Galileo—completarlo con sólo hacer una expedición en cierto rumbo. Estoy seguro que soltaríais burlesca carcajada al escuchar tamaña *locura*. Este hombre, diríais, es un utopista rematado; es un necio.

Volved, ahora, á nuestros tiem-

pos y quedaréis convertidos en momias, con la boca abierta, contemplando la realidad excelsa de aquel sueño, de aquella utopía, de aquella necesidad.....

Asimismo, imagináos que no existen ni la imprenta, ni el vapor, ni el telégrafo, ni el teléfono, ni el para-rayo, ni el reloj, y tantos otros descubrimientos que la mirada profunda del genio ha penetrado y revelado, hechos realidades visibles, palpables, los cuales constituyen hoy el orgullo del hombre, la gloria de sus autores y el verdadero elemento de felicidad y bienestar de los pueblos.

Y vosotros mismos los que dudabais, mirad en seguida esas obras prodigiosas, tocad esas sublimes utopías, disfrutad á vuestro gusto de los inestimables bienes de esas necesidades, y avergonzáos después de vuestra propia torpeza é insencias.

El mundo marcha.

Y, á pesar del ruin sarcasmo que lanzan á mansalva los tipos de la moda, no se detiene ese movimiento vertiginoso, como que el empuje es formidable, dado por mano providencial para todos los siglos de los siglos.

Dios habria sido injusto, habria matado en un sólo instante terrible, la existencia de toda una generación si no hubiera prescrito como ley inmutable, eterna, el progreso indefinido de los seres. Bien está que este progreso no alcance, no tenga un sumo grado, un no más allá; porque ese sumo grado, ese no más allá, sería la perfección absoluta, la que sólo El posee.

¿Qué más? La idea es eterna. Se desenvuelve de una manera indefinida, y nosotros que sentimos por ella, que pensamos por ella, que vivimos de ella, obedecemos á su flujo progresivo, también de un modo indefinido.

De lo contrario, las ilusiones, las

esperanzas, la fé del hombre, no tendrían razón de existir, y el espíritu de un mundo, envuelto en torbellino de sombras, abatido, presa de violento y mortal dolor, se extinguiría de una vez, para siempre!

Ah! pero esto sí que es una verdadera utopía, una necedad insostenible.....

La creación entera lo advierte en sus variadas, armoniosas y eternas modulaciones.

En las inteligencias como en los soles que pueblan el espacio, hay luz de fulgor imperecedero; en la idea como en la luz, hay calor, hay fuego que depura el mortífero pantano de las conciencias envilecidas, hechas ponzoña que vuela, envenena y destruye; el pensamiento como la tormenta, fulmina el rayo que aterra y anonada los monstruos abominables de la malicia y del error.

Así lo creemos. Somos inquebrantables en nuestra fé y en nuestras convicciones.

La razón, la lógica inflexible de las doctrinas y de los principios que forman el programa de nuestras vehementes aspiraciones, son las únicas deidades que nos atraen, que nos fascinan y á las que profesamos fervoroso culto.

Y nuestra devota oración la hacemos, como el gran soñador del siglo, arrodillados al pie del altar de un templo inmenso—el espacio—en el cual “oficia el mismo Dios.”

ALONSO REYES G.

S. Salvador, septiembre de 1894.

MADRE!

(Para “La Juventud Salvadoreña”.)

Madre, madre del alma! escucha el grito del hijo ausente que te llama en vano, bendícele amorosa con tu mano y tu amor, á través del infinito,

Sienta mi corazón tus bendiciones cuando venga en el aire algún perfume, y cuando á mi alma la tristeza abruma escuche Dios tus tiernas oraciones.

Ah! no te olvides del pedazo amado de tus entrañas! llórale, señora, pues tenaz la tristeza le devora y morirá sin tu ósculo sagrado!

SARA MARÍA G. S. DE ARIAS.

Santiago de Chile.

A HORTENSIA.

Largo tiempo mi espíritu ha luchado
Por hundirte en la tumba del olvido,
Por hacer que el amor que te he tenido
Se oculte tras el velo del pasado.

Mas siempre que en la lucha me he empeñado,
Impotente, mi bien, he sucumbido;
Y si pregunto al corazón herido
Dice que te ama aún como te ha amado.

Para olvidarte pienso en tus enojos,
En tu frío desdén y en tus agravios,
Cuyo veneno aún mi pecho encona;
Pero ante una mirada de tus ojos
Y una dulce sonrisa de tus labios,
Mi alma desventura te te perdona.

I. G. F.

Agosto: 94.

LA NUBE NEGRA.

A mi madre, Doña Tránsito Calderón de Solórzano.

Era muy niño aún.

Mis ojos se recreaban en el grandioso panorama de la madre Naturaleza.

Aun no existía para mí el mundo de las pasiones.

Con sus alas de nieve me cubría la Inocencia y, con seráfica sonrisa, me hablaba siempre de Dios.

Con ese lenguaje tan sencillo y sublime, propio de la madre buena, me hablaba la mía de las magnificencias del Universo, y, tomando

entre las suyas mis manos inmaculadas, decíame con ternura cristiana: "Mas allá de ese azul, está el dueño de todo, la Providencia por quien todo vive."

Así me educaba mi madre, la que me enseñó á conocer al Supremo Autor de los mundos, á contemplar las grandezas de la Creación, á amar lo bueno y lo bello; la que después de haberme narrado cuentos de ancianos virtuosos y de niños santos que volaban al cielo con alas blancas como la pureza, me adormecía con aquellos dulces cantares de la poesía popular, que casi siempre comienzan con los inefables versos de

*Dormite, niño,
que tengo qué hacer...*

y luego inclinada sobre mí, me bendecía, sonreía y lloraba, pensando quizá en la lucha constante de la felicidad con la desgracia.

.....
¡Ah! ya sé por qué se anegan hoy mis ojos con lágrimas ardientes!

Constantemente soñaba con ángeles que me cautivaban, me sonreían y besaban y que, al llamarme, se perdían en el azul.

Una de tantas veces, soñé que un ángel, hermoso como la virtud, se llegó á mí, y, con acento, tan dulce como la promesa del amor primero, murmuró á mis oídos:

—¿Quieres ir allá donde se asoma aquella estrella?

—Sí, sí, respóndile anhelante.

—Pues ponte mis alas, me dijo, quitándose las suyas resplandecientes, y al instante sentí que volaba con rapidez atravezando las nubes.....

Pero la estrella brillaba lejos, siempre lejos.

De improviso aparece ante mi vista una nube negra, que me arrebató las blancas alas, y me arroja á un abismo de tinieblas.....

Y con descenso vertiginoso me sepultaba abismo funesto, cuando sentí que el genio de la felicidad me salvaba entre sus brazos, besando mi frente con pasión..... y desperté.

Mi madre, sonriente, me tenía en su regazo.

—Madre, murmuré, gozoso y fatigado, me salvaste de la muerte.

—Soñabas?

—Sí. Iba volando á coger una estrella, cuando una nube negra me quitó las alas; y ya me sepultaba en el abismo cuando tú me librabas, buena, como todas las madres.

—¡Pobrecito, hijo mío! Esa estrella que te atrajo engañosa y la nube negra que te asustó, ya sabrás quiénes son.

Rezamos, y después de la petición del affigido, llevóme á la puerta, y señalándome el firmamento, pronunció conmovida:

—Por allá volabas tú, cuando la nube negra te arrancó, despiadada, tus alas sin mancha.

Y me estrechó contra su pecho, pidiendo al Padre de los niños que me sacara incólume del mar tempestuoso de la vida.

—¿Por qué lloras?

—Más tarde lo sabrás, hijo del alma.

¡Oh, madre, madre querida! hasta ahora comprendo por qué llorabas.

Con la intuición maternal adivinabas que la estrella de la felicidad

dad no alumbraría mi camino en la tierra.

Presentías, con la visión del amor más puro, que la nube negra de los desengaños y amarguras me precipitaría en el abismo de los dolores.

Pero tengo tus brazos, madre mía, y la plegaria del creyente para salvarme en realidad, y no en sueños infantiles, del caos de los males.

J. ANTONIO SOLÓRZANO.

San Salvador, 1891.

EPIGRAFE PARA UN LIBRO CONDENADO.

(TRADUCCIÓN LIBRE DE BAUDELAIRE.)

[Para "La Juventud Salvadoreña."]

Lector sobrio y apacible,
condescendiente y bucólico,
este libro melancólico
apresúrate á arrojar,
si acaso no has aprendido
la retórica del estro
donde el ilustre maestro,
do el astuto Satanás.

Arrójale de ti lejos:
por las extrañas visiones
que flotan en mis canciones
histórico me crearás.
Mas si tus ojos no vagan
y, en infernal paroxismo,
bajan conmigo al abismo,
leeme y después me amarás.

Alma curiosa que vives
tu paraíso buscando,
y, mientras vas caminando,
vertiendo lágrimas vas:
de ti compasión imploro,
pues que la implore mereces,
y si no me compadeces
maldita por mí serás!....

DOMINGO MARTINEZ LUJÁN.

Lima,—1894.

☆ LA ENVIDIA ☆

[Para La Juventud Salvadoreña.]

La flor en que se posan los insectos
es rica de matiz y de perfume.

Díaz Mirón.

Envidia, tu rugido nunca arredra
á séres de gallardos sentimientos
Tú morderás en la mármorea piedra;
más saltarán tus dientes en fragmentos.

Y á quién le importa que tu atroz cuchillo
en nobles pechos lo sepultes todo?
¿Pierde el diamante su perenne brillo
aunque lo arrojen, con frecuencia, lodo?

Hidra terrible, tu asqueroso diente
no causa daño á las conciencias puras....
Nació para arrastrarse la serpiente;
para escalar el cóndor las alturas.

Furiosa Envidia, entre circuito estrecho
te agitas sin cesar con torpe encono,
y entre tanto impasible, satisfecho,
se erige el Genio sacrosanto trono.

Y por necias pasiones oprimido
demuestra dignidad en la batalla....
Más brama el tigre si se siente herido;
más ruga el mar cuando le oponen valla.

Qué! Lograrás, acaso, que las almas
sucumban bajo el peso de tus males?
—Jamás!...Altivas se alzarán las palmas
después de los furiosos vendavales.

Quien la chispa de luz lleva en la mente
eclipsa á los pedantes que lo amagan:
la blanca luna brilla refulgente;
los fuegos fatuos lucen y se apagan.

FEDERICO ESCOBAR.

Colombiano.

EL VESTIDO BLANCO.

Mayo, ramillete de lilas húmedas que
Primavera prende á su corpiño; Mayo,
el de los tibios, indecisos sueños de la
pubertad; Mayo, clarín de plata que to-
cas la diana á los poetas perezosos; Ma-
yo, el que rebosa tantas flores como las
barcas de Myssira: tus ojos claros se
cierran en éxtasis voluptuoso y se esca-
pa de tus labios el prometedor ¡hasta

mañana! cual mariposa azul de entre los pétalos de un lirio.

Hace poco salía de la capilla, tapizada de rosas blancas, y entreteníame en ver la vocinglera turba de las niñas que con albos trajes, velos cándidos y botones de azahar en el tocado, habían ido á ofrecer ramos fragantes á María. Mayo y María son dos nombres que se hermanan, que suavizan la palabra; dos sonrisas que se reconocen y se aman. No sé qué hilo de la Virgen une á los dos. Uno es como el eco del otro. Mayo es el pomo y María es la esencia.

Las niñas ricas subían joviales á sus coches; las niñas vestían de gala; santo orgullo expresaban en sus ojos, aún llorosos, las mamás. Acababan de recibir la confirmación de la maternidad.

En uno de aquellos grupos distinguí á mi amigo Adrián; salí á su encuentro; besé á la chicutela que todavía no sabe hablar sino con sus padres y con sus muñecas; sentí ese fresco olor de inocencia, de *edredon*, de brazos maternales, que esparcen las criaturas sanas, bellas y felices; y cuando la palomita de alas tímidas, cerradas, se fue con la mamá y el aya, ruborizada la niña y de veras por la primera vez, Adrián y yo, incansables andariegos, nos alejamos de las calles henchidas de gente dominguera, para ir á la calzada que sombrean los árboles y que buscan los enamorados al caer la tarde y los amigos de la soledad al mediodía.

Adrián es un místico; pero no es, en rigor, un creyente. Lámpara robada al santuario, su flámula oscila rebelde al aire libre; mas el aceite que la alimenta es el mismo que la hacía brillar á modo de pupila extática, cuando ya dormida la oración, velaba ella en el templo. Todavía busca esa llama la mirada de las monjas que rezaban maitines en el coro bajo; todavía siente con deleite el frío del alba, entrando por las ojivas; todavía la espanta el cuerpo negro de la lechuza, ansiosa de sorberla.

Como esas hay muchas almas, en las que han quedado las creencias transfiguradas en espectros que perturban el sueño con quejidos sólo perceptibles para ellas; ó en espíritus luminosos pero mudos; almas tristes, como islas en medio del océano, que miran con envidia á la ola sumisa y á la ola resuelta-

mente rebelde; almas cuyos ideales se-
mejan estalactitas de una gruta oscura, bajo cuyas bóvedas muge el viento nocturno: almas que se ven vivir, cual si tuvieran siempre delante algún espejo, y á ocasiones, medrosas, apocadas, ó por alto sentido estético y moral, cierran los ojos para no mirarse; almas en cuyo hueco más hondo atisba siempre vigilante y duro juez; almas que no sintiéndose dueñas de sí mismas, sino esclavas de potencias superiores é ignotas, claman en la sombra: ¿en dónde está, cuál es mi amo?

Adrián, sujeto á todas las influencias, buenas y malas; pétalo en el remolino humano; susceptible de entusiasmos y desfallecimientos, tenía aquella mañana el espíritu envuelto en una nube de incienso. Había retrotraído su existencia á la edad en que nadie le llamaba "papá" y él decía: "padre!" Pero como en él proyecta la alegría inseparable sombra de tristeza; como le acompaña siempre "el pobre niño vestido de negro que se le asemeja como un hermano," hablóme así de su reciente júbilo:

—Tú no sabes cuánta melancolía produce un vestido blanco, cuando ya se ha vivido mucho para sí ó para los otros. Esta mañana, al ver junto á la camita de mi niña el traje immaculado que iba á vestir para ofrecerle, por primera vez, hermosas flores á la Virgen; al tocar ese velo sutilísimo que parece deshacerse como la niebla si queremos asirla, sentí la vanidad del padre cuya hija comienza á dar los primeros pasos, á balbucear las primeras oraciones, y que, ataviada con primor, feliz porque de nada carece y todo ignora, camina al templo, ya conscientemente y como blanca molétula integrante de la comunión cristiana. La besé con más besos dentro de cada uno que otras veces. Sonreí, reí al verla mirándose y admirándose en el espejo, como si preguntara ¿esa soy yo? Me encantaba la torpeza natural con que soltó á andar en su camarita, cuidando de que el roce de los muebles no ajara su vestido, y levantando éste con la mano para que no lo tocara ni la alfombra. Ya en el coche, la acomodamos en su asiento como á una princesa pequeñuela de cuento de hadas que va á casarse con el rey azul. Parecía una hostia

viva, y es, en verdad, la hostia de mi alma.

En el templo, la ceremonia no es solemne, es tierna. Solemne, la imposición de órdenes sacerdotales; solemne, la toma de hábito; solemne, el oficio de difuntos; solemne, la pompa del culto católico en los grandes días de la iglesia; tierna, vívida, pura, esta angélica procesión de almas intactas que lleva flores á la Virgen.

Los cirios se me figuraban cuerpecitos de niños que se fueron adelgazando, murieron, se salvaron y cuya alma casta resplandece, en forma de llama, fija en las niñas blancas que van á poner las primeras hojas de su nido en el ara de María. La Madre de Dios parece como más madre rodeada por todas esas virginidades, ignorantes aún de que lo son; por todas esas inocencias que la invocan. Las niñas sienten como que han crecido.

A la mía se la llevaron con las más pequeñas. Se la llevaron sin que ella resistiera. Se la llevaron..... ¿sabes tú lo que esa frase significa? Antes y desde hace poco, sólo en casa andaba sola..... en casa, esto es, en mis dominios. Desde aquel momento ya se iba con otras, sin echarnos de menos á la mamá y á mí; ya no nos pertenecía tanto como la víspera; ya no eran nuestras manos su apoyo único; ya su voluntad, acurrucada antes, entreabría las alas. Del coro infantil se alzó el canto balbuciente, parecido á una letanía de amor oída desde lejos. La ví á ella bajar con algún trabajo de la banca y dirigirse paso á paso, todavía vacilante, con su ramo de flores, á las gradas del altar. Alzándome sobre las puntas de los piés, procuraba no perderla de vista, con miedo de que cayera, temeroso de que llorara; y no cayó ni lloró, ni volvió la vista á vernos; la acariciaban, le sonreían, preguntaban su nombre, y esas sonrisas oreaban mi espíritu como hálitos de cariños desconocidos á los que nunca volveré á encontrar.

Se iba; pero se iba con la Virgen, con el ideal del amor, con el ideal del dolor vestido de esperanza. A ella, á María, sí se la dejaba sin temores, por ~~que~~ estaba cierto de que iba á devolvérmela, y si no á mí, á la madre, porque madre fue ella. Algo como agua lustral

caía en mi sér. Sí, vuelca, hija, tu canastilla de botones blancos en las gradas del altar: díle á la Virgen que ponga por vela un ala de ángel en la barca de tu vida; pídele la pureza, que es la santa ignorancia del placer doloroso.....mas ¿qué vas á pedirle si sabes nada más que pedir juguetes, y la palabra vida no cristaliza todavía en tu entendimiento, ni preguntona ha salido de tus labios?

Después, la ví volver. Los azahares temblaban en sus rizos rubios; parecía una novia. Llevaba de la mano á otra niña, más bajita de estatura: parecía una mamá.

Estas dos palabras: novia...mamá... dichas interiormente, despertaron en los ecos profundos de mi espíritu no sé qué rumores pavorosos. Hay otro vestido blanco, tal como éste de ofrecer flores, acaso más lujoso, más rico en nubes de encaje y de resonante y larga cauda. Hay otros azahares que no brincan de gusto en las movibles cabezitas de las niñas, sino que están quietos y rígidos en la cabellera de la desposada. Ese vestido aguardará en el canapé, cuando llegue una mañana triste del mañana.

Ahora ese vestido blanco, esos azahares yo se los dí, son míos, porque ella es mía. Pero... el otro, los otros, serán de alguien á quien no conozco, de alguien que vendrá, con más poder que yo, á arrancármela, porque la humanidad se perpetúa por ineludible ley de ingratitud. Y entonces, esa barca no volverá á la orilla en donde estoy, tras una breve travesía en el lago quieto; se perderá en el alta mar de la vida, sin que pueda ampararla, sin que, á nado, me sea posible darle alcance. ¿Cómo, en qué tono, brotará entonces de esos labios la palabra VIDA? En esa mar surge la bruma; allí lo Desconocido humano dice en voz alta su recóndito secreto; allí sólo cuando el dolor exasperado grita, el padre oye.... el pobre padre que desde lejos adivina y calla.

Cuando se siente esa angustia moral, vuélvese el espíritu á la Virgen, diciéndole: abre los ojos para que haya luz. Te lleva flores: como tú tienes tantas, guarda las que te ofrece para ella. Y yo no sé si porque la luz de los cirios inflama los ojos, se nos saltan

algunas lágrimas que el calor ó el orgullo varonil evaporan.

¿Verdad que el vestido blanco es su *gestivo*? Ser novia.... ser mamá.... pedir de veras á la Virgen.... saber lo que es la vida.... ¡Ya el traje blanco se vistió de luto!

Y hay otro traje blanco ¡ay, no, jamás! No hay otro traje blanco!

Mi amigo, el místico á lo Verlaine y á lo Rod, había tomado el último sorbo del ópalo verde que da el sueño y da la muerte.

EL DUQUE DE JOB.

NOTAS.

COPOS DE ESPUMA.—Por J. M. Vargas Vila.

El nombre del autor de *Los Providenciales* y Redactor de *Hispano-América* es ya conocido en el continente como el "de un apóstol de la libertad y obrero del bien" según la frase del Dr. Simón Chaux, su eminente compatriota, y como escritor en cuyo estilo ha encontrado el insignie cubano José Martí: "del látigo de Montalvo y del oro de Santia-go Pérez."

En este libro aparece en sus más brillantes aspectos el talento literario de Vargas Vila que, como todo en él, es genial y deslumbrador. *Copos de Espuma* son modelos de narraciones americanas que en nada ceden por su intenso mérito artístico á las obras de los mejores cuentistas franceses y las superan en la triunfante majestad del estilo, en el que se sienta latir, con golpeo de vigorosa arteria, cuanto inspira y entusiasma bajo el sol de los trópicos.

La novela corta americana, que tanto nos r'presentantes tiene en el continente, no había alcanzado hasta ahora las firmes definitivas de obra artística acabada que Vargas Vila le da en *Clavdivo, Turde, Boylos, Arboles*.

Par. los amantes de las letras americanas, la aparición de *Copos de Espuma* es un hito y acontecimiento literario.

IBSEN Y SARCEY.—El decano de la crítica teatral en Francia, M. F. Sarcey, dice en su última correspondencia: "Cosmopolitar", de esta ciudad: "M.

objeión á las obras dramáticas de Ibsen es muy sencilla. No puedo admitir lo que no comprendo. Marcho á tientas en esas piezas que, según parece, son tan luminosas para otras inteligencias; y, no es mía la culpa, porque juro que pongo de mi parte la mejor voluntad. No me creo dotado de una penetración superior, pero toda mi vida la he dedicado al teatro, he visto ó he leído casi todo lo que se ha producido en ese género, no solo en Francia sino en el extranjero; paso en mi país por tener buen sentido crítico y clara inteligencia: ¡Cómo es que no puedo entender un texto en donde tantos otros se abisnran con prodigiosa facilidad! Es de sentirse uno humillado!

Porque usted no tiene idea de la prontitud con que se explican á Ibsen los ibsenianos. Cada uno tiene su explicación. He contado cinco, enteramente distintas, pero todas plausibles, del desenlace de la "Casa de Muñecas". Cinco autorchas para un rincón de la pieza, y yo todavía á oscuras. Mala suerte la mía.

Recuerdo una conversación entre el famoso empresario Blumenthal y Tolstoi. El director, me cuentan, le contaba al novelista que había puesto en escena la mayor parte de las obras de Ibsen sin comprenderlas.

—¡Y él, le respondió Tolstoi, cree usted que las entienda mejor? El las escribe y cuenta con que los comentarios de los exegetas le expliquen lo que ha querido decir.

Eso es pura chanza, pero no del todo falso. Ibsen es un espíritu nebuloso que no se da cuenta de las ideas que le hervían en el cerebro, y se agolpan en tanto y al azar en el papel. Necesita quien se las aclare.

Por lo demás, uno de los primeros críticos de la Noruega, M. Hansen, en su estudio del teatro de Ibsen, no demuestra que en Dinamarca y la Escandinavia goce el dramaturgo de la popularidad que por aquí. Se r'ñen de sus dramas. Verdad es que nadie es profeta en su patria. "Dirías", escribe Hansen en son de zumbra, que los dramas de Ibsen han sido hechos para los alemanes, pueblo estudioso que no le teme á las dificultades. Desde hace diez años no publica Ibsen un drama social, sin que los alemanes encuentren en él,

más que en ninguna otra parte, vida y poesía."

Esa apreciación me reconcilia conmigo mismo. Si los daneses encuentran su Ibsen oscuro y se burlan de su pretensa profundidad, tengo derecho yo, pobre latino, falto de escandinavia en el alma y amigo del sol, de no complacerme en las brumas de su imaginación, y de pensar respecto á él como sus mismos compatriotas.

—De la obra última de Max Nordau traducimos estos párrafos, tan interesantes como hermosos :

"El arte es también fuente de conocimiento.

Lo es de tres modos. En primer término la emoción que la obra de arte suscita es en sí un medio de obtener conocimientos, como muy bien lo han observado Edmond R. Clay, James Sully y otros psicólogos sin profundizar, sin embargo, hecho tan importante. Esa emoción obliga los centros superiores á atender á las causas que los excitan y procuran de consiguiente una observación y una comprensión más vivas de toda la serie de fenómenos relacionados con la emoción. Luego, la obra de arte permite penetrar las leyes de que es expresión el fenómeno, porque el artista separa en su creación lo esencial de lo accidental,—hace caso omiso de éste, que en la naturaleza distrae y desorienta al observador menos bien dotado,—y pone involuntariamente en relieve aquel, que ocupa principal ó exclusivamente su atención y por ese motivo, lo apereibe y traduce de un modo especialmente neto. El artista siente detrás de la figuración la idea, en la forma su razón íntima y las relaciones que los sentidos no sabrían percibir, y los revela en su obra al contemplador. Es esto lo que quiere expresar Hegel cuando dice que lo bello es: la presencia de la idea en fenómeno limitado. Por su propia comprensión profunda de la ley natural el artista ayuda poderosamente también la comprensión de ésta en los demás hombres. El arte es, en fin, el único resplandor, por débil é incierto que sea, que se proyecta en las tinieblas del porvenir y nos da por lo menos una noción vaga como un sueño de los contornos y de la dirección de nuestros desarrollos orgánicos ulteriores. Esto

no es en modo alguno misticismo, sino un hecho muy claro y comprensible. Hemos visto que cada adaptación, es decir cada cambio de función y de forma de los órganos, está precedido de una representación de ese cambio. Este debe comenzar por ser sentido como necesario y por ser deseado; luego, se elabora una representación de ese cambio en los centros nerviosos superiores y, finalmente, el organismo hace esfuerzos por realizar esa representación. Este proceso se repite idénticamente en la especie. Un estado cualquiera la molesta. Experimenta en él sentimientos de disgusto. Sufre por ese estado y desea cambiarlo. Entonces se forma una imagen de la naturaleza, de la dirección y de la extensión de ese cambio. Según la antigua locución mística: "se crea un ideal". El ideal es la idea formativa de un desarrollo orgánico futuro en vista de una adaptación mejor. En los individuos más perfectos de la especie nace antes y más claramente que en la multitud, y el artista con mano mal segura prueba á hacerla sensible en la obra de arte, mucho antes de que pueda ser realizada orgánicamente por la especie. El arte acuerda así el conocimiento más alto y delicado, rayano en lo prodigioso: el del porvenir. No tan precisa, no tan netamente como la ciencia, él expresa, sin embargo, la misteriosa ley natural del ser y del llegar á ser. La ciencia enseña lo actual, lo cierto; el arte, balbuciente y en términos oscuros, predice lo futuro, lo posible. La naturaleza le revela á aquella sus formas defuidas y permite á éste arrojar temblando una mirada rápida y turbadora en la profundidad en donde las cosas informes están en su trabajo de aparición. La emoción de donde surge la obra de arte abrumada de presentimientos, es el deseo de llegar á ser del organismo vivaz preñado de porvenir."

(De "El Boletín Mensual de Nueva York.")

MISCELANEA.

DOCTORAMIENTO.—La Sociedad "La Juventud Salvadoreña" está de plácemes, porque uno de sus miembros fundadores, nuestro querido amigo y compañero don Vic-

tor Jerez, ha terminado sus estudios profesionales, obteniendo el título de doctor en Jurisprudencia, el 14 del corriente, y el de Abogado de los Tribunales de la República, el 29 del mismo, después de lucidos exámenes.

La constancia y altas dotes intelectuales del señor Jerez, puestas incondicionalmente al servicio de nuestra Sociedad, han contribuido en parte considerable á conquistarle á ésta muchos aplausos y simpatías en el mundo científico y literario. Es natural, pues, que nuestra Sociedad sienta un satisfacción y se llene de legítimo orgullo al ver coronados de manera brillante los nobles esfuerzos del señor Jerez, y que, por nuestro medio, le manifieste esos sentimientos, como prueba del alto aprecio que por él tiene la Corporación.

Insertamos en el presente número la Tesis de nuestro estimado consocio señor Jerez, la cual es una obra de aliento, tan interesante por el asunto científico de que trata como por la bella forma literaria en que está escrita, y que por sí sola bastaría para darle á su autor una reputación, si no la tuviera ya adquirida por otros valiosos trabajos.

Sus compañeros de redacción.

RENDIMOS las más cumplidas gracias á nuestros estimados colegas de la prensa nacional y extranjera por las frases de elogio que han dedicado á nuestra Sociedad, con motivo de la "Corona Fúnebre" consagrada á la memoria de la poetisa salvadoreña señora Antonia Galindo.

También manifestamos los más expresivos agradecimientos al señor doctor don Francisco E. Galindo, hermano de la inolvidable Antonia, "por la sangre y por el

arte", como él muy bien lo dice, por los conceptos con que favorece á la Sociedad en la nota que tenemos á honra publicar en el presente número de nuestra Revista

ANIVERSARIO.—El 2 de octubre próximo hará un año que falleció en la ciudad de Guatemala el reputado médico y notable poeta salvadoreño, doctor don J. Antonio Delgado. Con tal motivo, la apreciable familia de nuestro malogrado amigo ha invitado para una misa fúnebre, que se verificará en la Iglesia Catedral, y el Club "Revolución" y la "Sociedad Estudiantil de Medicina y Farmacia" para una sesión pública, que darán en el Teatro Nacional.

EL 23 del corriente se verificó en el salón de grados de la Universidad Nacional la solemne inauguración de la "Sociedad Estudiantil de Medicina y Farmacia". No pudimos asistir al acto, que fue muy bueno, según informes; pero hemos visto con placer el apareamiento de esa importante Sociedad, á la cual nos es grato enviar, á nombre de la nuestra, un fraternal saludo.

ACABA de fallecer en la hermana República de Honduras, la muy respetable señora madre de nuestro distinguido amigo y consocio el joven doctor don Francisco Argueta Vargas.

Los miembros de la "Juventud Salvadoreña", á la vez que manifestamos al compañero apesadado nuestra más unánime y sincera condolencia, hacemos votos por la eterna felicidad de tan virtuosa y apreciable víctima.